

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

LOS SANTOS: TRIUNFO DE LA MISERICORDIA



«El Señor vence a través de los santos. Que, con su ejemplo y su intercesión, Dios nos conceda también a nosotros ser hombres y mujeres de oración; gritar día y noche a Dios, sin cansarnos; dejar que el Espíritu Santo ore en nosotros, y orar sosteniéndonos unos a otros para permanecer con los brazos levantados, hasta que triunfe la misericordia divina.»

Sumario

Pío XI y la realeza social de Jesucristo <i>Santiago Cantera Montenegro, O.S.B</i>	3
San Manuel González García, el apóstol de los sagrarios abandonados <i>Jorge Cancio</i>	7
«Hombre eucarístico y eucarizizador» <i>Juan Manuel Melendo, pbro</i>	11
Santa Isabel de la Trinidad: «¡Nos hemos amado tanto...!» <i>Alberto José González Chaves, pbro</i>	13
En presencia de Dios: Isabel de la Trinidad <i>M. Philipon (†)</i>	17
José Sánchez del Río, el niño mártir de Cristo Rey <i>Miguel María Ganuza</i>	18
Salomón Leclercq, mártir durante la Revolución francesa <i>Balbina García de Polavieja</i>	22
El cura Brochero, modelo de apóstol <i>Hugo Wast (†)</i>	25
La realeza de Jesucristo en las IV Jornadas Martiriales de Barbastro <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	28
La misericordia Divina Antiguo Testamento (IX):	31
Nuevo Testamento: La pecadora perdonada	32
El hogar de la divina Misericordia, santuario de Cracovia-Lagiewniki <i>Gloria Morelló</i>	33
San Alfonso M ^a Fusco: «El padre de los pobres»	35
La conversión de san Francisco de Asís <i>José Alvaro Sánchez Mola</i>	37
Nuestro Señor a santa Faustina: «Proclama al mundo entero mi misericordia insondable»	39
Alepo: «No podemos más» <i>Josué Villalón (AIN)</i>	41
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

EL Año jubilar se concluirá en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016. En ese día, cerrando la Puerta Santa, tendremos ante todo sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos a la Señoría de Cristo, esperando que derrame su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el próximo futuro. ¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros». Con estas palabras el papa Francisco anunciaba en la bula de convocatoria del jubileo de la Misericordia la fecha de clausura que ha querido que coincidiera con la solemnidad litúrgica de Cristo Rey que de modo tan significativo culmina el año litúrgico.

En la perspectiva del Año de la Misericordia podemos descubrir el sentido más auténtico de la celebración de Cristo Rey tal como lo estableció Pío XI en la encíclica *Quas primas*. El papa en esta encíclica recordaba como esta nueva fiesta había sido preparada por los numerosos actos de consagración al Sagrado Corazón de Jesús que se extendieron por familias, pueblos, naciones y finalmente por iniciativa y deseo de León XIII consagró todo el género humano a finalizar el año santo de 1900.

¡Qué oportuno en el Año de la Misericordia recordar a los hombres de nuestro tiempo, que si existe salvación, si, existe remedio de los males que nos acechan, que si hay esperanza, para ello es necesario reconocer primero el origen de nuestros males. La sociedad moderna ha dado la espalda a Dios, lo ha querido expulsar de la vida pública y con ello ha conseguirlo hacerlo olvidar también de la vida cotidiana, lo cual ha afectado de un modo especial a los más humildes y alejados de la práctica cristiana, que se han visto desasistidos de todo aquel ambiente que debería ayudarlos a tener presente en sus vidas que sólo en Cristo el hombre encuentra su salvación.

Por ello es necesario subrayar la profunda conexión entre la devoción al Corazón de Jesús que nos recuerda hasta donde han llegado los excesos de su amor misericordioso y la afirmación de la verdad salvífica de que Cristo es nuestro Rey. Aceptar su reinado es acogerse totalmente a las entrañas misericordiosas de aquel que, por amor, ha querido ser nuestro Rey. Al proclamar que Cristo es nuestro Rey, imitando a lo que hicieron antes de morir tantos mártires en siglo xx, como el niño mejicano que el Papa acaba de canonizar, no sólo reconocemos su señorío sobre la humanidad sino que además reafirmamos nuestra esperanza confiando en su misericordia. Como declara Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* la celebración de la solemnidad de Cristo Rey es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al reinado suavísimo del Corazón de Jesús.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: 93 317 47 33
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

Pío XI y la realeza social de Jesucristo

FR. SANTIAGO CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

Pío XI ante el panorama político-social de su tiempo¹

ACHILLE Ratti (1857-1939), casi recién elevado a la dignidad cardenalicia (13 de junio de 1921), fue elegido papa el 6 de febrero de 1922 para suceder a Benedicto XV y adoptó el nombre de Pío XI. Su pontificado iba a durar diecisiete años y cuatro días y conocería una época singularmente compleja para la historia de la Iglesia y del mundo: el denominado «período de entreguerras», entre la Gran Guerra de 1914-1918 y la segunda guerra mundial (1939-1945); la fase del siglo XX en la que precisamente, como anunció la Santísima Virgen en Fátima en 1917, se gestó este terrible conflicto. Un período en el que asimismo tuvieron lugar hechos fundamentales como la consolidación del comunismo ateo en Rusia y la extensión de la fuerza del marxismo por otros países, la llegada al poder del fascismo en Italia (octubre de 1922), la gran crisis económica del 29 y la caída en picado del prestigio de las democracias capitalistas occidentales, la persecución religiosa contra el catolicismo en el México revolucionario y en la II República española (proclamada en Abril de 1931), el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania (enero de 1933) y la Guerra de España (1936-1939).

Ante todos estos fenómenos, Pío XI profundizó él mismo y promovió la profundización en la doctrina social de la Iglesia y manifestó la posición de ella en esas circunstancias concretas. En medio de un mundo que caminaba por sendas muy complicadas y sin hacer caso a las posibles presiones y oposiciones, el Papa expuso con gran libertad el magisterio de la Iglesia en lo teológico y filosófico, en lo moral y en lo social, lo económico y lo político. Agradeció la actitud conciliadora de Mussolini con respecto a la «cuestión romana» derivada de la unificación italiana, que vio su fin en los Pactos de Letrán (1929), pero no dudó en reprochar al fascismo su tendencia totalitaria en lo tocante a las asociaciones juveniles, educación, etc. Promovió el Concordato con Alemania, que efectivamente firmó en su nombre el entonces cardenal Pacelli, futuro Pío XII, sin por ello dejar de condenar con severidad y gran

1. Este artículo es el resultado de una serie de pequeños artículos que han sido publicados en la revista: «El pan de los pobres» (<http://www.elpandelospobres.es/revista-on-line/fundamentos.html>)

valentía el racismo neopagano del régimen nacional-socialista, especialmente con la famosa encíclica *Mit brennender Sorge*. Mantuvo la condena de la Iglesia al marxismo, que definió como «intrínsecamente perverso» y lo vinculó explícitamente a un origen y un carácter satánicos, y detestó abiertamente la persecución religiosa desencadenada por los revolucionarios mexicanos y por la II República española. Frente al capitalismo liberal y a las tentaciones socialistas y comunistas, promulgó la segunda gran encíclica social de la historia reciente de la Iglesia, *Quadragesimo anno* (1931), a los cuarenta años de la *Rerum novarum* de León XIII, en la que entonces y en los años siguientes se quisieron inspirar principalmente los regímenes de Oliveira Salazar en Portugal y de Dollfuss en Austria.

La promulgación de «Quas primas»

PERO, como gran documento a la vez teológico, social y político, parece que hay que destacar la encíclica *Quas primas* (11 de diciembre de 1925), sobre la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo, afirmada contundentemente frente al laicismo.

Parece conveniente ofrecer un breve repaso y resumen de la doctrina expuesta por Pío XI en *Quas primas* para no olvidar una doctrina que, lamentablemente, en los tiempos recientes ha venido siendo ignorada o incluso dejada de lado para evitar complicaciones derivadas de un discurso que hoy es sin duda opuesto a no pocos planteamientos sostenidos en nuestros días. Por eso debemos recalcar que la doctrina expuesta en *Quas primas* es doctrina del magisterio de la Iglesia, sustentada sobre la Sagrada Escritura y sobre la Tradición —tal como el propio Papa se esfuerza en probar—, y que ofrece no sólo un valor para el tiempo en que la encíclica fue redactada y promulgada, sino que es actualísima y de contenidos perennes.

La realeza de Cristo

Pío XI afirma en la encíclica *Quas primas* (1925) que la paz de Cristo hay que buscarla en el reino de Cristo, porque su restauración es el medio más eficaz para el restablecimiento de la paz en todos los órdenes. El Año Santo ha contribuido a destacar este reinado, juntamente con diversas celebraciones:

la Exposición Misional, las canonizaciones de seis santos en las que el pueblo cantó con entusiasmo el himno *Tu, Rex gloriae, Christe* y el XVI centenario del Concilio de Nicea. En consecuencia, el Papa aborda ahora en esta encíclica el culto y la institución de la nueva fiesta de Cristo Rey, haciéndose eco de las súplicas a él venidas tanto individual como colectivamente por parte de numerosos cardenales, obispos y fieles.

Hecha esta presentación, Pío XI aborda a continuación la realeza de Cristo, teniendo presente tanto su sentido figurado o metafórico —Cristo reina en las inteligencias, en las voluntades y en los corazones de los hombres—, como en sentido propio y estricto, ya que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino (cf. Dan 7,13-14). El Papa hace entonces un breve repaso de las afirmaciones bíblicas de esta realeza, así en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, y advierte que por eso la Iglesia la ha celebrado siempre en su liturgia, glorificando a su Autor y Fundador como Soberano Señor y

Rey de los Reyes. El fundamento de tal realeza se encuentra en la unión hipostática y en la Redención: en consecuencia, Cristo debe ser adorado como Dios por los ángeles y por los hombres, y asimismo unos y otros están sujetos a su imperio y le deben obedecer en cuanto hombre; tiene, pues, potestad sobre todas las criaturas y es Rey por derecho de naturaleza, pero también lo es sobre los hombres especialmente por derecho de conquista en virtud de su obra redentora.

Carácter de la realeza de Cristo

POR lo que atañe al carácter de esta realeza, presenta una triple potestad: legislativa, judicial y ejecutiva; los tres poderes los ha ejercido y los ejerce Jesucristo. Su reino es principalmente espiritual, sobre las realidades del espíritu, frente al mesianismo terrenal en que esperaban los judíos e incluso los Apóstoles. Pero a la vez, señala también Pío XI, «incurriría en un grave error el que negase a la humanidad de Cristo el poder real sobre todas

y cada una de las realidades sociales y políticas del hombre, ya que Cristo como hombre ha recibido de su Padre un derecho absoluto sobre toda la creación, de tal manera que toda ella está sometida a su voluntad». Mientras estuvo sobre la tierra, se abstuvo del ejercicio de este poder en lo temporal, pero, como dijo León XIII, citado por Pío XI, ahora «el poder

de Cristo se extiende no sólo sobre los pueblos católicos y sobre aquellos que, por haber recibido el bautismo, pertenecen de derecho a la Iglesia, aunque el error los tenga extraviados o el cisma los separe de la caridad, sino que comprende también a cuantos no participan de la fe cristiana, de tal manera que bajo la potestad de Jesús se halla todo el género humano».

Si bien se permite que las autoridades civiles ejerzan el poder, es como poder delegado por Cristo en ellas; por lo tanto, los individuos y los estados están sometidos al reinado de Cristo y los gobernantes deben rendirle culto y reconocimiento público, de lo cual se derivarán grandes

bienes a toda la sociedad civil: justa libertad, autoridad consolidada, orden tranquilo, pacífica concordia ciudadana y profunda conciencia de fraternidad universal. Como ya advirtiera León XIII, al que nuevamente cita Pío XI, el reconocimiento público de la realeza de Cristo es el único remedio para curar los males de la sociedad de nuestra época.

La fiesta de Cristo Rey

Pío XI instituye con la encíclica *Quas primas* (1925) la fiesta de Cristo Rey, pues considera que será la mejor manera de alcanzar el reconocimiento público de su realeza, dado que las fiestas litúrgicas surgen como respuesta a las necesidades históricas de la Iglesia y del pueblo cristiano y que, además, tienen una gran fuerza para difundir las verdades de la fe. «Y si ahora ordenamos a todos los católicos del mundo el culto universal de Cristo Rey, remediaremos las necesidades de la época actual y ofreceremos una eficaz medicina para la



CRISTO REY

enfermedad que en nuestra época aqueja a la humanidad. Calificamos como enfermedad de nuestra época el llamado laicismo, sus errores y sus criminales propósitos».

Deja claro Pío XI que éste no es algo nuevo, sino incubado desde hace mucho tiempo, porque se negó primero el imperio de Cristo sobre todos los pueblos, luego se negó a la Iglesia el derecho de enseñar, legislar y regir, posteriormente se fue equiparando la religión cristiana con las demás religiones falsas y colocándola al mismo nivel, más tarde se entregó la religión a la autoridad civil y se han proclamado estados con una religión natural o incluso ateos... tal como el propio Papa ya denunció en su encíclica *Ubi arcano*.

La fiesta de Cristo Rey, según espera el Pontífice, contribuirá a acelerar el retorno de la humanidad a Dios estimulando a las fuerzas católicas y servirá «para condenar y reparar de alguna manera la pública apostasía que con tanto daño de la sociedad ha provocado el laicismo». La institución de la fiesta corona el año santo de 1925 y continúa en realidad una tradición, uno de cuyos hitos principales fue la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús por León XIII en 1900. Producirá sin duda grandes frutos para la Iglesia, que tiene derecho a una plena libertad e independencia; para la sociedad civil

y el Estado, «porque la realeza de Cristo exige que todo el Estado se ajuste a los mandamientos divinos y a los principios cristianos en la labor legislativa, en la administración de la justicia y, finalmente, en la formación de las almas juveniles en la sana doctrina y en la rectitud de costumbres»; y para los individuos, porque Cristo es Rey de todo el hombre: de su inteligencia, voluntad, corazón y sentidos.

La realeza de María

Es obligado referirse a la realeza de María Santísima y su dimensión social, en relación con la de su divino Hijo.

En 1936 se puso la primera piedra de la catedral de Port-Said, en el Canal de Suez, que habría de estar dedicada a «María, Reina del Universo». Al año siguiente fue consagrada y, con este motivo, Pío XI envió como regalo un collar de oro y perlas y permitió añadir a las letanías lauretanas la invocación *Regina mundi, ora pro nobis*. El Papa era plenamente consciente del rumbo que estaba tomando la situación universal: un alejamiento creciente respecto de Dios y de los valores del Evangelio, que indudablemente conducía a una catástrofe global, cuál sería la II guerra mundial. Y ante esta perspectiva dramática,

Rey de Reyes y Señor de los que dominan

Cuando eso hicimos (instituir la fiesta de Cristo Rey), no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, mas también presentimos el júbilo de aquel faustísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey.

Por esto ordenábamos también que en el día de esta fiesta se renovase todos los años aquella consagración para conseguir más cierta y abundantemente sus frutos y para unir a los pueblos todos con el vínculo de la caridad cristiana y la conciliación de la paz en el Corazón de Cristo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan.

Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*

que él pudo ir vislumbrando a lo largo de su pontificado, comprendió que el recurso mejor que podían tener los cristianos era afirmar la soberanía de Jesucristo sobre todas las realidades del hombre e invocar a María como intercesora segura y eficaz.

Ya desde el inicio de su gobierno al frente de la Iglesia, expresó una intención que cumplió a lo largo de todo él: «Nos place conciliarnos el amor de la Madre nutricia de Dios, a la que desde niño queremos intensamente, con esta prueba de piedad, y comenzar nuestro pontificado bajo su protección. (...) La Virgen ama a los que la aman, y nadie puede esperar confiadamente su ayuda en la muerte si en la vida no se iniciare en su amistad, ora evitando la culpa, ora haciendo algo para que ceda en su honor» (*carta Petis tu quidem*, 1922). Esto mismo lo recordaría unos años más tarde al señalar que «desde el inicio de nuestro pontificado, nuestra mirada y nuestro corazón fueron puestos en la dulcísima Virgen, única esperanza de común salvación, y no hemos cesado de exhortar a los fieles, cuantas veces se ofrecía la ocasión, a que constantemente tratasen de acrecentar su culto» (*carta apostólica Cum feliciter*, 1927).

Dimensión social de la realeza mariana

Pío XI confió desde el principio en la eficacia de la intercesión mariana en pro de las diversas necesidades personales, de las diferentes facetas de la vida del hombre y de la situación sociopolítica de cada nación y del universo entero; estaba seguro del papel de María como Abogada de los hombres ante Dios, tanto en el orden sobrenatural como en las rectas peticiones que se le hicieran referentes a lo temporal.

Por eso, en varios de sus documentos encontramos expuesta una doctrina sobre la dimensión social de la realeza mariana. No la presenta de manera sistemática como sí lo hace en el caso de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo: en efecto, sería su sucesor Pío XII quien dedicara ya expresamente una encíclica a la realeza mariana y a su dimensión social, aspectos sobre los cuales también incidiría en otros textos más. Pero en el caso de Pío XI hallamos no

pocos paralelismos entre su exposición de la Realeza de Cristo y las referencias a la de María Santísima.

Desde luego, la Maternidad divina es el fundamento de la realeza de la Virgen, al igual que el de todos sus privilegios, y su Maternidad espiritual sobre los hombres es la razón sobre la que se asienta la dimensión social de dicha realeza. Ésta es propiamente de orden espiritual y sobrenatural, pero tiene, en efecto, una proyección sobre las realidades temporales, no sólo en la faceta personal de cada hombre, sino también en la social. María no ha dejado de velar a lo largo de los siglos sobre la Iglesia, procurando su protección frente a los peligros que la han venido acechando desde el exterior y desde el interior; ha sido la protectora de la Cristiandad incluso en no pocas batallas militares y ha de ser invocada especialmente para que se detenga o se aminore el proceso de descristianización de la civilización, creciente ya en tiempos de Pío XI,



por impulso del laicismo en diversas vertientes. A María se recurre también como Reina y patrona de las patrias del mundo, como Reina de la familia (y la familia es la célula básica de la sociedad), y como modelo en el que es posible fijarse para desarrollar las virtudes que garanticen la justicia y la caridad en el orden de lo social y laboral.

En fin, hoy los católicos tenemos con frecuencia la tentación de querer agradar al mundo que nos rodea, a una sociedad que ha optado por una «apostasia silenciosa», según dijera san Juan Pablo II (*Eccllesia in Europa*, n. 9). Nos asusta sin duda el laicismo combativo, pero no pocas veces sucumbimos a su acometida procurando ciertas fórmulas conciliatorias que en realidad nos sitúan en una posición de mayor debilidad e inseguridad por la confusión doctrinal que conllevan. En mi pobre opinión, creo que es mucho más adecuado descubrir qué es lo que dijeron los papas de tiempos aún bastante recientes a nosotros, quienes en medio de un mundo que se apartaba de Dios a pasos a veces agigantados, no dudaron en afirmar la soberanía de Jesucristo sobre todas las realidades y en recurrir a María, cuya realeza admiraron no sólo en la dimensión sobrenatural, sino también en su extensión sobre la vida social del ser humano.

San Manuel González García, el apóstol de los sagrarios abandonados

JORGE CANCIO



EL pasado 16 de octubre de 2016, el papa Francisco elevó a los altares a don Manuel González García –quien fuera obispo de Málaga y Palencia durante la primera mitad del siglo XX–, enamorado del Sagrado Corazón de Jesús en su máxima expresión, como lo es su presencia real en el Santísimo Sacramento. Así, su mayor empeño a lo largo de su vida fue la de propagar la devoción a la Eucaristía, proclamando constantemente aquella frase que después ordenó presidiera su epitafio: «¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!».

Infancia y primeros estudios

SUS padres –D. Martín González Lara, carpintero de profesión, y Dña. Antonia García, ama de casa– aunque originarios de Antequera (Málaga) se habían trasladado a la vecina Sevilla, en donde nacieron sus cinco hijos; Manuel, que

ocupaba el cuarto puesto, vio la luz el día 25 de febrero de 1877. Todos ellos conformaron una familia humilde, pero profundamente arraigada en la fe y costumbres cristianas.

Entre otros centros, cursó estudios durante tres años en el colegio san Miguel de Sevilla, donde se preparaban los niños de la catedral. Manolito –como era conocido en el ámbito familiar– vio cumplida su infantil ilusión cuando consiguió formar parte de los *seises*, grupo de niños de coro que bailaban y cantaban –y aún lo hacen– ante el Santísimo con ocasión de las solemnidades del Corpus Christi y la Inmaculada Concepción de María.

Fueron, sin duda, el calor de su piadoso hogar y el buen ejemplo de los clérigos, además de la extraordinaria religiosidad de su ciudad natal, los que le encauzaron a descubrir su vocación al sacerdocio. Cuando contaba tan sólo doce años de edad, y sin conocimiento alguno de sus progenitores, se presentó al examen de ingreso al seminario, que logró brillantemente. Ellos acogieron esta sorpresa de su hijo con la aceptación propia de los caminos de Dios. Manuel, sabedor de la precaria situación económica de su casa, contribuyó a sufragar los gastos de su formación académica y religiosa trabajando como fámulo, esto es, como empleado doméstico para determinadas tareas del centro, entonces situado en el palacio de San Telmo y dotado de rango de Universidad Pontificia. Resultó un extraordinario alumno, capaz de obtener la máxima calificación en todas las asignaturas de los estudios que cursó en Humanidades, Filosofía y Teología, hasta conseguir la licenciatura y doctorado en esta última y la licenciatura en Derecho Canónico.

Ordenación sacerdotal

EL 21 de septiembre de 1901, a los 24 años de edad, recibió el Orden sacerdotal de manos del cardenal arzobispo de Sevilla don Marcelo Spínola –quien fuera beatificado en 1987 por san Juan Pablo II–. Tras ocupar su primer cargo como capellán del asilo de ancianos de las Hermanitas de los Pobres de Sevilla, unos meses después, ya en 1902, mientras ejercía como predicador ambulante por la capital y otros pueblos, experimentó la viven-

cia que marcaría el resto de su trayectoria: durante una visita misional a Palomares del Río (Sevilla), se dirigió a la parroquia de Nuestra Señora de la Estrella, que se encontraba externamente restaurada pero en un lamentable estado de dejadez en su interior. Al descubrir la soledad de Jesús sacramentado en un sagrario polvoriento y cubierto de telarañas, de rodillas ante Él, don Manuel González meditó en la inmensa cantidad de tabernáculos que podría haber en el mundo en variadas condiciones de conservación pero con el común denominador de la soledad de aquel que dio su vida por toda la humanidad. Ese momento de gracia carismática trastocó su existencia y dispuso que su devenir religioso quedase definitivamente encaminado hacia la adoración eucarística.

Él mismo nos describe esta experiencia catorce años más tarde. Después de escuchar los negros presagios sobre su misión de labios del sacristán, nos dice: «*¡Qué sagrario! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro que aún estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia y salir corriendo para mi casa! Pero no huí. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de misión y alientos para llevarlo a cabo; pero sobre todo encontré... allí, de rodillas, ante aquel montón de harapos y suciedades, a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba... ¿Verdad que la mirada de Jesucristo en esos sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca?*».

Nunca desatendió esa mirada, y consagró su vida entera a acompañar y a hacer acompañar al Gran Abandonado, a Jesús en el sagrario.

Párroco, arcipreste y fundador en Huelva

EL 1 de marzo de 1902 recibió el nombramiento, por parte de don Marcelo Spínola, de responsable de la parroquia de San Pedro de Huelva, de la que se hizo cargo el 9 de marzo siguiente. Ha de destacarse que, por aquel entonces, la capital onubense formaba parte de la archidiócesis de Sevilla. Merced a su tarea en esta ciudad, es conocido como «El Arcipreste de Huelva». Durante once años vivió allí, hasta que fue preconizado obispo auxiliar de Málaga.

Allí se encontró con una situación de notable indiferencia religiosa, pero su amor e ingenio abrieron caminos para reavivar pacientemente la vida cristiana. Se preocupó también de la situación de las familias necesitadas y de los niños, para los que fundó diversas escuelas, entre ellas las del Sagrado Corazón de Jesús —que hoy forma parte de un colegio diocesa-

no con mil quinientos alumnos—, en estrecha colaboración con el abogado y maestro Manuel Siurot.

En esta época conoció a otras personalidades cristianas que destacarían en el servicio a los niños pobres, como el sacerdote don Andrés Manjón —cuyo proceso de beatificación quedó abierto en 1936—, creador de las Escuelas del Ave María, volcado en los niños gitanos de Granada; o santa Ángela de la Cruz, dedicada a la atención de pobres y enfermos.

Tuvo que participar en el horror que produjo el hambre entre miles de onubenses. En el invierno de 1913 se inundaron las marismas del Tinto y del Odiel, desbordados por intensas lluvias. Simultáneamente, hubo huelgas en el sector de la minería de Riotinto, a las que se añadió el forzado amarre de la flota pesquera a causa de un conflicto con los pescadores portugueses. La miseria se desbordó en la ciudad: más de diecinueve mil trabajadores dejaron de llevar el jornal a sus casas durante cuatro meses. El Arcipreste lanzó un manifiesto al corazón generoso y caritativo de los onubenses, titulado «*El hambre en Huelva*».

En esta etapa, fruto de su amor a su sacerdocio y de su preocupación por la santidad de sus hermanos consagrados, publicó el primero de sus numerosos libros: «*Lo que puede un cura hoy*», que se convirtió en punto de referencia para los sacerdotes del siglo xx. En él nos declara su ideal y su suprema aspiración: «*...ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo... Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenerlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud... Servirle de pies para llevarlo a donde lo deseen; de manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él; para consolar por Él...*».

El 4 de marzo de 1910, ante un grupo de fieles colaboradoras en su ministerio apostólico, derramó el gran anhelo de su corazón. Así nos lo refiere: «*Permitidme que yo, que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención y vuestra cooperación en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo sacramentado... os pido, por el amor de María Inmaculada y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos sagrarios abandonados*».

Así, con la sencillez del Evangelio, nació la «*Obra para los Sagrarios-Calvarios*», destinada a dar una «*respuesta de amor reparador al amor de Cristo en la Eucaristía*», a ejemplo de María Inma-

culada, el apóstol san Juan y las Marías, que permanecieron fieles, junto a Jesús, en el Calvario.

A las *Marías de los Sagrarios* seguirán pronto las fundaciones de la rama masculina –los *Discípulos de san Juan*– e infantil –los *Juanitos del Sagrario*, hoy *Reparación Infantil Eucarística (RIE)*–, en el mismo año; los sacerdotes *Misioneros Eucarísticos Diocesanos*, en 1918; la congregación religiosa de las *Hermanas Marías Nazarenas*, hoy *Misioneras Eucarísticas de Nazaret (MEN)*, el 3 de mayo de 1921, junto con su hermana María Antonia, fiel colaboradora durante toda su vida, y cuya misión radica en consagrarse totalmente a luchar contra el abandono del sagrario; la institución secular de *Marías Auxiliares Nazarenas*, hoy *Misioneras Eucarísticas Seglares de Nazaret (MESN)*, en Madrid, en junio de 1932, de perfección evangélica, que dependen y colaboran con la congregación religiosa con su mismo fin eucarístico–reparador; la orden de los *Misioneros Sagrarios Calvarios (MSC)*, destinados a la vida contemplativa y a la defensa de la Eucaristía, en 1939; y la *Juventud Eucarística Reparadora (JER)*, también en 1939. Todas estas instituciones formarán conjuntamente la *Unión Eucarística Reparadora (UNER)*.

La rápida propagación de la Obra en otras diócesis de España y América a través de la revista «*El Granito de Arena*», que había fundado años atrás, le impulsó a solicitar la aprobación del Papa. Don Manuel González llegó a Roma a finales de 1912, y el 28 de noviembre fue recibido en audiencia por Su Santidad Pío X, a quien fue presentado como «*el apóstol de la Eucaristía*». San Pío X se interesó por toda su actividad apostólica y bendijo la Obra.

Episcopado en Málaga

Su entrega generosa y la vivencia auténtica del sacerdocio son, sin duda, el motivo de la confianza que el papa Benedicto XV depositó en él, nombrándolo obispo auxiliar del entonces obispo de Málaga. Recibió la ordenación episcopal el 16 de enero de 1916 a los 39 años de edad. Tras el fallecimiento del obispo titular, en 1920 fue nombrado obispo residencial de esa sede, acontecimiento que decidió celebrar dando un banquete a los niños pobres, en vez de a las autoridades; éstas, junto con los sacerdotes y seminaristas, sirvieron la comida a cerca de tres mil niños, señalando así el estilo social que quería imprimir a su servicio episcopal.

Prueba de sus inquietudes eucarísticas es el diseño de su escudo episcopal, compuesto por un cáliz que sostiene el monte Gólgota (el Calvario), coronado a su vez por tres cruces y en cuyo interior yace un corazón flamígero. En torno al escudo, puede leerse la

sentencia que definió su vida: «*Sustinui qui consolaretur*». (*busqué quien me consolara y lo encontré*)

Como pastor de la diócesis malagueña, inició su misión tomando contacto con la grey que se le había encomendado para conocer sus necesidades. Don Manuel González, el obispo párroco, el obispo callejero, que saludaba con una sonrisa y unas palabras amables tanto a la gente cercana como a la desabrida, el obispo rodeado de niños que se tropezaban tratando de besarle la mano, que catequizaba a los marenegos en la misma playa, entraba en las casas vecinales, los antiguos corralones, y departía con aquellas mujeres agobiadas de trabajo. Buen pastor y padre, que salía a buscar la oveja perdida allá donde estuviese. Don Manuel, Catecismo viviente y alma caritativa, que daba todo cuanto tenía y sobrevivía de puro y continuo milagro. Al igual que en Huelva, potenció las escuelas y catequesis parroquiales, practicó la predicación callejera conversando con todo el que se encontraba de camino...

También a los pobres vergonzantes dedicó don Manuel su tiempo y su delicadeza. Organizó un comedor, en sala aneja al Palacio, encomendado a las Hermanas de la Cruz, donde acudían a comer aquellas personas sin recursos que se sentían abochornadas de ser pobres.

Su devoción por el Santísimo Sacramento se vio reflejada en su ejemplo personal. Siguiendo su habitual humildad, tuvo a bien inscribirse como adorador según consta en el Libro Registro de Adoradores de la Sección de Málaga. Tras ser inscrito llegó a tener a la Adoración Nocturna tan presente que cedió una parte del Palacio Episcopal para una nueva sede, de manera que tuviera muy cerca de su dormitorio un sagrario ante el que cada noche se postraban los fieles en adoración y contemplación.

Se ha de incidir, durante todos los años de su actividad pastoral, en la fecundidad de su pluma. Con estilo ágil, lleno de gracia andaluza y de unción, transmitió el amor a la Eucaristía, introdujo en la oración, formó catequistas y guió a los sacerdotes. Entre sus libros, destacamos: *En busca del Escondido*, *El abandono de los sagrarios acompañados*, *Mi comunión de María*, *El Rosario sacerdotal*, *La Eucaristía*, *escuela del silencio*, *Apostolados menudos*, *Floreillas de sagrario*, *Aunque todos... yo no*, *Así ama Él*, *Mi jaculatoria de hoy*, *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el sagrario*, *Oremos en el sagrario como se oraba en el Evangelio*, *Artes para ser apóstol*, *La gracia en la educación*, *Arte y liturgia*, etc. Así hasta cerca de treinta escritos que, por su gran difusión, se han recopilado en la nueva edición de sus *Obras completas* (Editorial «El Granito de Arena», Madrid).

Para poder hacer realidad sus ilusiones, pronto descubrió que la necesidad más urgente era la de sa-

cerdotes. Tuvo un gran sueño pastoral: el Seminario de Málaga, sus seminaristas y sacerdotes, porque sin sacerdotes no hay Eucaristía. Quería y cuidaba mucho a los sacerdotes a los que, después de ordenarlos, les recomendaba señalando al sagrario: «*Tratádmelo bien, tratádmelo bien!*». Así lo reflejan sus cartas pastorales, en las que señala, como meta de la vida sacerdotal, «*dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable*». Carente de medios económicos, pero con una confianza sin límites en la mano providente del Corazón de Jesús, emprendió la construcción de un nuevo seminario que reuniese las condiciones necesarias para formar sacerdotes sanos, tanto humana como espiritual, pastoral e intelectualmente. Sueña y proyecta «*un seminario sustancialmente eucarístico, en el que la Eucaristía fuera: en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro y la primera asignatura; en el disciplinar, el más vigilante inspector; en el ascético, el modelo más vivo; en el económico, la gran providencia; y en el arquitectónico, la piedra angular*». El curso 1924-1925 fue el primero del seminario de don Manuel, el seminario de Málaga.

Tras la caída del régimen monárquico, el advenimiento de la II República —el 14 de abril de 1931— trajo consigo en toda España una escalada de hostigamiento a la Iglesia. La quema de conventos y templos se constituyó en práctica habitual, también en Málaga, ya antes de la Guerra Civil. A pesar de que don Manuel González no escatimó esfuerzos para mejorar la situación humana y espiritual de su diócesis, como a toda persona santa, el Señor lo probó con unas gotas de calvario. Casi un mes después de la proclamación republicana, la noche del 11 de mayo de 1931, un tumulto de gente azuzada por elementos revolucionarios incendió el palacio episcopal de Málaga, reduciendo a cenizas los tesoros archivísticos, artísticos y documentales, así como los de la mayoría de las propiedades eclesiásticas de la ciudad, en una acción perfectamente planificada.

Ante el clima de tensión y la falta de garantías por parte de las autoridades, el obispo salió de la ciudad, a la que jamás volvería. Tras varios desplazamientos, de nuevo acosado por las turbas, tuvo que salir de allí destino a Gibraltar el 13 de mayo, donde lo acogió el obispo católico monseñor Richard Fitzgerald. Permaneció siete meses en Gibraltar hasta que el 26 de diciembre de 1931 viajó hasta Ronda y luego a Madrid, desde donde rigió la diócesis a partir de 1932.

Es en esa época cuando san Josemaría Escrivá lo visita con frecuencia y entabla con él una amistad que perdurará para siempre. Su modelo de buen pastor llevó al fundador del Opus Dei a llamarlo «*santo*» en numerosas ocasiones, cuando don Manuel González aún vivía. De hecho, en algunos de

los pensamientos que ofrecen sus escritos se hace referencia a un «*anciano prelado*», de quien toma ejemplo y al que más tarde identificará con aquél.

Palencia

EL 5 de agosto de 1935 el papa Pío XI lo nombró obispo de Palencia. Don Manuel inició su labor apostólica en Palencia con unos Ejercicios Espirituales en el monasterio de la Trapa de Venta de Baños. Su celo no lograron apagarlo los desengaños sufridos: aumentó su entusiasmo por la Eucaristía; trasladó a Palencia el noviciado de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, derramando desde esta ciudad el perfume eucarístico por todo el norte de España; y cuidó las misiones populares para la evangelización de los pueblos. El éxito fue llamativo. Así, en Becerril de Campos, a la conclusión de una misión, antes de que don Manuel tuviese oportunidad de pronunciar su homilía, subió al púlpito el padre Sarabia —gran predicador redentorista—, quien dijo: «*Señor obispo, tengo la alegría y el honor de presentarle a un pueblo en gracia de Dios. Hoy, en Becerril de Campos, todos han recibido la Sagrada Eucaristía*». Don Manuel quiso hablar, pero no pudo. Rompió a llorar. Intentó superar su reacción, pero fue en vano. Y dejó la misa sin homilía: las lágrimas fueron su mejor sermón.

En los cinco últimos años de su vida, conoció, en el monasterio de San Isidro de Dueñas, a san Rafael Arnaiz. Y todavía encontró tiempo para crear su última publicación periódica —la revista infantil *Reine*— desde su nueva sede diocesana.

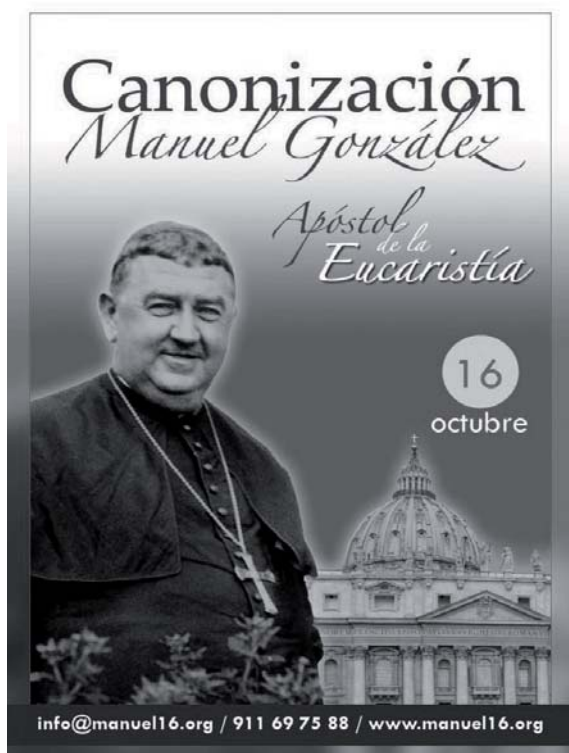
Sin embargo, es entonces cuando soporta don Manuel el mayor dolor de su vida: la Guerra Civil española, y con ella «*el mayor número de sagrarios profanados en toda la historia de España*», según expresión suya.

Durante los últimos años de su vida, su salud empeora notablemente, prueba que vive de modo heroico, sin perder la sonrisa de su rostro siempre amable y acogedor, aceptando los designios del Padre. Antes de salir de Palencia, camino de Madrid, hizo llevar la camilla ante el sagrario de su capilla episcopal para decir al Señor: «*Si quieres que vuelva, bendito seas; si no quieres que vuelva, bendito seas*». El 4 de enero de 1940 es trasladado al Sanatorio Nuestra Señora del Rosario (Madrid) donde entregaría su alma a Dios. Fue enterrado en la capilla del Santísimo de la catedral de Palencia, donde podemos leer el epitafio que él mismo escribió: «*Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!*».

«Hombre eucarístico y eucaristizador»

Crónica de la canonización de san Manuel González

JUAN MANUEL MELENDO PBRÓ



EL domingo 16 de octubre pudimos vivir en Roma la canonización de siete nuevos santos: dos mártires, el niño san José Sánchez del Río y el Hno. de La Salle san Salomón Leclercq mártir en la Revolución francesa, la religiosa carmelita Santa Isabel de la Trinidad, los sacerdotes: san Ludovico Pavoni, san Alfonso María Fusco, san José Gabriel del Rosario Brochero y el obispo san Manuel González García. Estaban representados todos los estados de la Iglesia y de diversos lugares de procedencia, manifestando la catolicidad; y por otro lado en fechas muy cercanas a nosotros, desde la Revolución francesa hasta 1940, año en que muere san Manuel González.

Las Misioneras Eucarísticas Nazarenas, fundadas por san Manuel, organizaron una peregrinación para la canonización de su obispo fundador a las que yo tuve la providencia de acompañar.

El primer acto fue el sábado por la tarde en la monumental iglesia romana de San Andrés del Valle, con la recepción de los peregrinos, en la que hubo una representación artística sobre la labor de Don Manuel, y contó con la presencia de personas de di-

versos países donde las Hermanas han extendido la obra de la Unión Eucarística Reparadora «UNER». Posteriormente, con la adoración del Santísimo y el rezo de vísperas concluyó el acto. El obispo de Huelva, de donde don Manuel fue arcipreste, dirigió el rezo de vísperas, comentando la vida de don Manuel en cuatro facetas: hombre eucarístico-evangelizador; eucarístico-social, eucarístico-sacerdote y eucarístico-oblación. El domingo a las diez de la mañana en una plaza de San Pedro con más de setenta mil almas, más de mil trescientos sacerdotes y un centenar de cardenales y obispos se inició la eucaristía de canonización, presidida por el Santo Padre Francisco.

Resultaba impactante oír las palabras de canonización que pronuncia el Papa, con la autoridad propia, en nombre de la Trinidad y de los Apóstoles Pedro y Pablo. De fondo podíamos oír las palabras de Cristo a Pedro, «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» y «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella». «Lo que ates en la tierra, quedará atado en el Cielo». A la proclamación ha precedido la solicitud por parte del cardenal Amato, prefecto de las Causas de los Santos.

En la homilía el Santo Padre nos habló de la acción del Espíritu Santo en las almas en el camino de la santidad y del poder de la oración, ciñéndose a las lecturas del XXIX domingo del tiempo ordinario. Insistiendo que todos ellos fueron hombres de oración: «Han alcanzado la meta, han adquirido un corazón generoso y fiel, gracias a la oración: han orado con todas las fuerzas, han luchado y han vencido».

Recordaba el Papa, citando el episodio de Moisés, la importancia de que el compromiso de la oración necesita del apoyo del otro, cuando nos viene la dificultad o el cansancio. Realidad constatable ante la multitud de fieles que con un silencio oracional y un recogimiento admirable formaban un solo corazón y una sola voz, unidos por la fe y el amor al Señor como hijos de la Iglesia: se hacía vida las palabras del Papa: «Los santos son hombres y mujeres que entran hasta el fondo en el misterio de la oración. Hombres y mujeres que luchan con la oración, dejando al Espíritu Santo orar y luchar en ellos», «orar sosteniéndonos unos a otros para permanecer con los brazos levantados, hasta que triunfe la misericordia divina».

Las ofrendas fueron presentadas por las personas o familiares que habían recibido la gracia de la curación por parte de cada uno de los santos, y las respectivas reliquias eran llevadas por los miembros de sus comunidades religiosas.

Las expresiones de fe y de alegría especialmente por los españoles y latinos fueron muy emotivas con gritos de júbilo, aplausos, extensión de banderas y pancartas, dando gracias a Dios y al Papa por la canonización.

Al final de la ceremonia con el rezo del ángelus el Papa animó a seguir el ejemplo de los santos como hombres de oración y misericordia que es el verdadero triunfo que el mundo necesita. Posteriormente el santo Padre saludó a los obispo y sacerdotes que se le acercaron como al pueblo fiel paseando con el coche por la plaza de San Pedro.

El lunes por la mañana en la basílica de Santa María la Mayor se celebró la santa misa de acción de gracias por la canonización de san Manuel González, presidida por el cardenal Amato y quince cardenales y obispos españoles así como un centenar de sacerdotes y todos los peregrinos que participamos en la canonización con las Hermanas Misioneras Eucarísticas de Nazaret.

El Cardenal insistió en el «hombre eucarístico y eucaristizador» que fue san Manuel, «el obispo del sagrario abandonado».

Recalcó que sus dos libros eran el sagrario y el Evangelio leído al lado del sagrario de donde sacaba toda la luz y fuerza para las obras caritativo-sociales así como para escribir con la agilidad y sencillez que le caracteriza siendo un gran catequista.

Un obispo que fue purificado por el crisol del sufrimiento que le maduró en su oblación eucarística, animado por su profunda humildad y su amor a la Virgen Inmaculada. Hizo vida lo que mandó escribir en su epitafio: «Pido ser enterrado junto a un sagrario para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado! Madre Inmaculada, san Juan, santas Marías, llevad mi alma a la compañía eterna del Corazón de Jesús en el Cielo».

Finalizó la homilía recordando la actualidad de los mártires evocando la frase que los primeros cristianos decían en la Iglesia primitiva al prohibirles la participación en la misa: «No podemos vivir sin la Eucaristía».

Posteriormente en la basílica de San Pedro, todo el grupo como Iglesia peregrina, detrás de la cruz ganamos el Jubileo sintiéndonos más Iglesia unidos a Jesús Eucaristía.

Gracias, san Manuel González, sigue eucaristizando nuestra patria. Creo en la comunión de los santos.

¡Está aquí!



Sabedlo, demonios que queréis perderme, que tratáis de sonsacarme, enfermedades que ponéis tristeza en mi vida, contrariedades, desengaños, que arrancáis lágrimas a mis ojos y gotas de sangre a mi corazón, pecados que me atormentáis con vuestros remordimientos, cosas malas que me asediáis, sabedlo, que el Fuerte, el Grande, el Magnífico, el Suave, el Vencedor, el buenísimo Corazón de Jesús está aquí, ¡aquí en el sagrario mío! Padre eterno, ¡bendita sea la hora en que los labios de vuestro Hijo unigénito se abrieron en la tierra para dejar salir estas palabras!: «¡Sabed que yo estoy todos los días con vosotros hasta la consumación de los siglos!» Padre, Hijo y Espíritu Santo, benditos seáis por cada uno de los segundos que está con nosotros el Corazón de Jesús en cada uno de los sagrarios de la tierra. ¡Bendito, bendito Emmanuel!

San Manuel GONZÁLEZ, *Obras completas* I, p. 407

Santa Isabel de la Trinidad: «¡Nos hemos amado tanto...!»

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES PBRO

UN 24 de agosto de 1562 Teresa de Jesús comenzó su aventura de la reforma del Carmelo con cuatro huérfanas pobres en Ávila. Teresa había bebido del Corazón de Jesús, de ese Corazón que tanto ha amado a los hombres, de ese Corazón del que salieron sangre y agua: los sacramentos de la Iglesia, ¡la santidad de la Iglesia!

Unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua. «Un soldado con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua»¹. Un ángel con el dardo abrió el corazón de Teresa², y brotó, inundando la Iglesia, una torrentera de celo apostólico. Toda Teresa se convirtió en ardor, en grito de cierva jadeante por la salvación de las almas. Toda ella se transformó en pasión eclesial, traspasado su corazón como el de su Esposo, herido y alanceado como el de la



Iglesia. Si el corazón de Teresa se abrasó en el deseo de «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»³, tal ansia cuaja con urgencia arrolladora, en lo que llamamos su «Reforma». Al tañido de una campanita ronca, en la alborada del día de san Bartolomé, D^a Teresa de Ahumada alentaba a cuatro mujeres intrépidas: «Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor»⁴.

La Descalza, con la enorme carga sugestiva del término y de la actitud, es fruto de la transverberación. Los pies descalzos son consecuencia del co-

razón herido, del «corazón enamorado que en solo Dios ha puesto el pensamiento»⁵.

Había rezado Teresa muchas veces en la liturgia de su Orden: «*Induxi vos in terram Carmeli ut comederetis fructum eius et optima in eius*»: «Os introduje en la tierra del Carmelo para que comieseis lo mejor de su fruto»⁶. Y ella cooperó a que el *mons*

pinguis —el monte ubérrimo del Carmen— siguiera produciendo frutos óptimos, ¡hasta hoy! Millares de carmelitas descalzas, desde hace cuatro siglos y medio, vienen perfumando a la Iglesia, sosteniéndola y estimulándola con la alegría de su virtud inmolada y silenciosa. La inmensa mayoría, anónimas. Y varias decenas en los altares.

Las beatificadas son descalzas de la primera hora, como Ana de San Bartolomé, entrañable secretaria y enfermera de la Santa Madre, o el

«Letradillo» de Teresa: la toledana María de Jesús. O descalzas que, siguiendo al Cordero inmaculado, empujaron en sangre su sayal blanco y pardo, como las dieciséis mártires de Compiègne en la Revolución francesa, o las tres azucenas de Guadalajara y la priora de Madrid, en la guerra de liberación española; ¡tantas, dando su vida por el Amado! O las italianas Cándida de la Eucaristía y Elías de San Clemente.

Las santas se llamaron todas Teresa hasta hace pocos años. Tras Teresa la fundadora (1622) vinieron otras cuatro: la joven Teresita del Niño Jesús, patrona universal de las Misiones y descubridora del *omen novum* (1925); la aún más joven Teresa Marga-

1. Jn 19, 34.

2. SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida* 29

3. 1Tm 2, 4.

4. SANTA TERESA DE JESÚS, *Fundaciones* 29, 32.

5. SANTA TERESA DE JESÚS, *Poesías*, «Dichoso el corazón enamorado».

6. Cf. Jr 2, 7.

rita Redi, flor del Carmen de Florencia, enamorada del Corazón de Jesús (1934); la más joven todavía Teresita de los Andes, chilena que murió siendo aún novicia, sin haber cumplido 20 años (1993); y la admirable patrona de Europa, Teresa Benedicta de la Cruz, filósofa convertida del judaísmo, mártir en Auschwitz (1998). La primera canonizada que no se llamó Teresa, bien que no pocos la consideran una segunda santa Teresa, por su carisma fundacional y su celo por conservar intacto el espíritu teresiano en el Carmelo, fue la madre Maravillas de Jesús (2003). Y la segunda fue la también joven árabe, de vida extraordinaria, fundadora del Carmelo de Belén: Miriam de Jesús Crucificado (2015). Una séptima acaba de ser canonizada el pasado 16 de octubre: santa Isabel de la Trinidad: ¡otra joven! Con el frescor de sus

Isabel, que entra carmelita en 1901, leerá enseguida la «Historia de un alma» de Teresita, aparecida en 1898. Y la doctrina de su hermana lexoviense le influirá no poco: en el deseo de amar, en la fidelidad en las «cosas pequeñas».

26 años esta carmelita francesa se alza en la Iglesia como apóstol de la habitación trinitaria en el alma, heraldo de la intimidad de Dios con el hombre. *Soeur Elisabeth de la Trinité* es un reverbero de Teresa, un chispazo de su hoguera.

Nacida en Dijon el 18 de julio de 1880, y huérfana de su padre militar a sus siete años, Isabel Catez Rolland es una joven limpia, alegre, entusiasta, abierta a la amistad, amante de lo bello, buscadora de Dios. Ya adolescente, se sumerge en la lectura del «*Camino de perfección*» de la santa Madre Teresa, y le cautiva la doctrina teresiana sobre la oración contemplativa, el silencio, la mortificación, la pasión por la Iglesia, el amor a los sacerdotes, la caridad fraterna, el desasimiento de todo lo creado...

Cuando ingresa en el Carmelo fundado en Dijon a inicios del siglo XVII por la venerable Ana de Jesús, compañera de santa Teresa, Isabel encuentra en su celda un cuestionario con varias preguntas; una de ellas: «¿Cuál es su santa preferida?». La joven postulante contesta sin dudar: «Nuestra madre santa Teresa». Y da la razón: «Porque murió de amor»⁷. Sabe que ser esposa de Cristo en el Carmelo «exige tener el corazón transverberado de Teresa para celar su honra»⁸. Y al profesar dirá: «Quisiera amar a Je-

7. MADRE GERMANA DE JESÚS, *Recuerdos* 6, «*Camino de recogimiento*».

8. Cf. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Notas íntimas* 13.

sús como mi seráfica madre, hasta morir de amor. *O charitatis victima!*, cantamos en su fiesta; ésa es toda mi ambición: ser víctima del amor»⁹.

Para Isabel, Teresa es la capitana del ejército en el que militan sus hijas, a la que hay que mirar e invocar para que cuide la viña que su diestra plantó; la que desde el Cielo, o detrás del rincón de cada claustro, estimula y conduce a sus descalzas; la madre que ha dado un aire de familia genial a ese Carmelo que es un racimo de soledades, un desierto cuajado de aromas de fraternidad y de eclesialidad; la maestra que ha forjado el molde que da forma a la santidad de sus descalzas.

Entre ellas, está su pequeña hermana, que a poco de morir en Lisieux irrumpe en toda Francia como un «huracán de gloria»: sor Teresa del Niño Jesús.

Isabel, que entra carmelita en 1901, leerá enseguida la «*Historia de un alma*» de Teresita, aparecida en 1898. Y la doctrina de su hermana lexoviense le influirá no poco: en el deseo de amar, en la fidelidad en las «cosas pequeñas», en el abandono confiado frente a las propias faltas y a la propia santidad, al sufrimiento, a la muerte. Así escribe sor Isabel

a una amiga, hablando de Teresita por primera vez, siendo un eco nítido de su *petit doctrine*: «Vivamos de amor, seamos sencillos como ella, siempre generosas, inmolándonos constantemente, haciendo la voluntad de Dios sin buscar cosas extraordinarias... Hagámonos pequeñitas, dejémonos llevar como el niño en brazos de su madre, por aquel que es nuestro todo... Somos muy débiles. Hasta diría: no somos más que miseria, pero Él lo sabe bien. Le gusta tanto perdonarnos, volver a levantarnos, transformarnos en Él... Yo también, Germana, quiero ser santa, para hacerle feliz. Pídale que viva solamente de amor: *es mi vocación*... Tal vez descubramos faltas e infidelidades; entreguémoslas al Amor: es un fuego consumidor, pasemos nuestro purgatorio en su amor»¹⁰. A la misma destinataria insistirá Isabel un mes más tarde: «Apóyese en Él..., dígame que sólo quiere amarlo, que Él haga todo en Vd., pues es demasiado pequeña. ¡Es tan bueno ser el niño del Señor, dejarse llevar siempre por Él, reposar en su amor! Pidamos esta gracia de la sencillez y el abandono a sor Teresa del Niño Jesús»¹¹. Y así, en tantas cartas...

9. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 169, al canónigo Angles, 15 de julio de 1903.

10. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 172, a Germana de Gemeaux, 20 de agosto de 1903.

11. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 180, a Germana de Gemeaux, 20 de septiembre de 1903.

Pero, si pudieramos hablar así, la «originalidad» de santa Isabel de la Trinidad, su mensaje profético es su insistencia en la vida escondida con Cristo en Dios. Entusiasta escrutadora del Nuevo Testamento, Isabel descubre personalísimamente la invitación amorosa de «sus Tres» a vivir en ella, y el fascinante panorama de la configuración con Cristo, tal como lo enseñan san Pablo y san Juan. Aunque expansiva e irascible por naturaleza, su temperamento artístico (era una pianista consumada) y la gracia de Dios harán de Isabel un alma admirablemente armónica, dueña de sí, integrada en todas sus facultades, moradora inalterablemente feliz de la «fortaleza inexpugnable del santo recogimiento». En suma, una contemplativa en toda la línea: totalmente abrumada por «el éxtasis sublime del amor», como define la adoración. Arrebatada por la belleza del amor de Dios, la saborea como amor de los Tres entre sí mismos y en nuestras almas, como amor esponsal de Cristo crucificado, prolongado en el misterio de la Eucaristía. El 25 de enero de 1904, Isabel descubre su ideal en la fórmula paulina: ser para Dios «la alabanza de su gloria» (Ef 1, 6 y 12). En adelante se llamará a sí misma y firmará sus cartas así: *Laudem gloriae*. Es una vocación dentro de la vocación, cuyas exigencias aumentan en su alma en la misma proporción que la constatación de su impotencia. Tras unos Ejercicios espirituales personales en septiembre de 1904 y otros comunitarios terminados el 21 de noviembre de 1904, ese día redacta su maravillosa *Elevación* que comienza: «¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro»¹². Tiene reminiscencias de santa Catalina de Siena y del «Acto de ofrenda al amor misericordioso» de santa Teresita, pero es absolutamente original. Es asombrosa, teniendo en cuenta que la compone una joven religiosa sin estudios, no sólo la belleza estilística sino sobre todo la profundidad teológica y espiritual de esta plegaria sublime. Isabel «se atreve» a suplicar al Espíritu Santo que «venga a ella» (como a María), para que «se realice en mi alma una como encarnación del Verbo; que yo sea para Él como una humanidad suplementaria, donde Él renueve todo su misterio». Desea ser «una esposa para el Corazón de su Cristo amado, crucificado por amor», a quien ruega: «Estad en mí como adorador, como reparador, como Salvador». Y termina suspirando: ¡«Oh mis Tres, mi todo, mi bienaventuranza, soledad infinita, inmensidad en que me pierdo! Yo me entrego a vos como una presa. Sepultaos en mí para que yo me sepulte en vos, en tanto llega el momento de ir a contemplar en vuestra

12. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Notas íntimas* 13

luz el abismo de vuestras grandezas».

«Me entrego a vos como una presa...» Cuando Sor Isabel escribe esto tiene solamente poco más de veinticuatro años, y apenas le quedan dos más de vida. Minada por la enfermedad de Addison, sus fuerzas físicas disminuyen cada vez más. A principios de 1906 entra en la enfermería del convento. Se suceden las crisis, los sufrimientos físicos indecibles, la casi total imposibilidad de alimentarse... Pero ello no menoscaba su fe intrépida ni altera su contem-

Isabel, arrebatada por la belleza del amor de Dios, la saborea como amor de los Tres entre sí mismos y en nuestras almas, como amor esponsal de Cristo crucificado, prolongado en el misterio de la Eucaristía.

plación asidua. Con esfuerzos heroicos, la enfermita llega casi arrastrándose a la pequeña tribuna que da a la capilla, donde reza, hecha un ovillo, ofreciendo su dolor. Pide licencia a su querida madre priora («mi sacerdote», la llamaba, recordándole que su misión era ofrecer a su hija como una víctima) para hacer un largo retiro preparatorio a su entrada en el Cielo. La madre Germana le da permiso, a condición de que anote todos sus pensamientos. Isabel se retira del 15 al 31 de noviembre. Fruto de esas dos semanas de oración es el magnífico tratadito «*Últimos Ejercicios de Laudem gloriae*». En él escribe: «Él quiere asociar a su Esposa a su obra de redención. Este camino doloroso se presenta al alma que lo recorre como si fuese la ruta de la felicidad, no sólo porque a ella conduce sino también porque el divino Maestro le hace comprender que debe superar la amargura del sufrimiento para encontrar como Él su descanso en el dolor»¹³.

«Me debilito de día en día —escribe a su amiga Germana un mes antes de morir— y preveo que el Maestro no tardará mucho en venir a buscarme. Gusto, experimento alegrías desconocidas. La alegría del dolor qué suave y dulce es, querida Germana... Antes de morir, sueño en transformarme en Jesús crucificado, y esto me da gran fuerza en el sufrimiento»¹⁴. Sabe que, siendo «alabanza de gloria» en el cielo de su alma, anticipa la ocupación de los bienaventurados en el Cielo de la gloria¹⁵. Contempla con frecuencia a María, como *Ianua coeli*, Reina de los mártires,

13. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Últimos Ejercicios*, 13

14. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 324, a Germana de Gemeaux, hacia el 10 de octubre de 1906

15. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Últimos Ejercicios*, 20

y escribe de ella páginas que, al decir del p. Philipon, habría que leer de rodillas¹⁶. «Esta Reina de las Vírgenes es también Reina de los mártires. Pero, también en esto, lo que la espada le atravesará será el corazón [Lc 2,35], porque en ella todo ocurre en lo interior... ¡Y qué hermosa se la ve durante su largo martirio! ¡Qué serena, envuelta en una especie de majestad que respira fortaleza y ternura a la vez...! Y es que la Virgen había aprendido del mismo Verbo cómo deben sufrir los que el Padre ha elegido como víctimas, los que Él ha decidido asociar a la gran obra de la redención, los que Él «conoció de antemano y predestinó a reproducir la imagen de su Cristo» [Rm 8,29] crucificado por amor. Ella está al pie de la cruz, de pie, llena de fortaleza y de valor, y he aquí que mi Maestro me dice: *Ecce Mater tua* [Jn 19, 27], Él me la da por Madre... Y ahora que Él ha vuelto al Padre y me ha puesto en su lugar sobre la cruz para que yo complete en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en bien de su cuerpo, que es la Iglesia, [Col 1, 24], la Virgen permanece a mi lado para enseñarme a sufrir como Él, para hacerme sentir y comprender los últimos acentos de su alma, que solamente ella, su Madre, pudo percibir»¹⁷.

La «alabanza de gloria» se sabe ahora una «hostia de alabanza de gloria» no sólo en el cáliz de la Santa Misa¹⁸, sino también sobre el altar de su lecho de dolor¹⁹.

«Ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas», había pedido a sus Tres Isabel de la Trinidad, cuyas últimas palabras inteligibles fueron:

16. Ibid. 40-41; Cf. M.M. PHILIPON, O.P., *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad*, Pamplona, 1957⁵. Aunque hay muchos y muy buenos estudios sobre nuestra santa, el de este sabio y virtuoso dominico, publicado en Francia en 1939, nos parece que aún no ha sido superado. Además, junto con los *Souvenirs* (biografía de primera hora, escrita por la M. Germana y publicada en 1909, a los tres años de la muerte de Isabel), el padre Philipon es el responsable de la difusión de la doctrina de sor Isabel de la Trinidad.

17. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Últimos Ejercicios*, 41

18. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 309, a su madre, hacia el 9 de septiembre de 1906

19. SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, Carta 294, al canónigo Angles, 8 ó 9 de julio de 1906

«*Je vais à la Lumière, à l'Amour, à la Vie!*» (¡Me voy a la Luz, al Amor, a la Vida). Tañían al Ángelus. Era la aurora del 9 de noviembre de 1906. Isabel de la Trinidad entraba gozosa en el Cielo.

Sólo nueve días antes de su muerte, el 30 de octubre, la madre priora, al visitarla en su celda de la enfermería, la encontró muy pálida. «Una expresión de dicha –narra Germana de Jesús en los *Recuerdos* – iluminaba, sin embargo, su semblante. De pronto me señaló el cuadro de nuestra madre santa Teresa que pendía de la pared y me dijo: “Al contemplar hace un instante a nuestra santa Madre y pensar en su gloria, me decía a mí misma que en el Cielo iba a estar muy lejos de ella esta pobre hija suya. Al punto oí una voz en el fondo del alma que me decía que la gloria de nuestra madre santa Teresa no es tanto el premio a sus grandes obras como el galardón de amor al Señor”. Y estrechando sobre su pecho el hermoso crucifijo de su profesión, añadió: “¡Nos hemos amado tanto!”»²⁰.

Isabel había descubierto que el secreto es el amor: vivir con el corazón transverberado por Jesús. También lo dijo santa Teresita cuando la importunaban sus hermanas, en la misma víspera de su muerte, para que les dijera «algo»: «Ya os lo he dicho todo, hermanitas mías; lo único que cuenta es el amor»²¹. Por eso Isabel de la Trinidad, estrechando su crucifijo, llorando sobre él, decía así: «¡Nos hemos amado tanto!». Había aprendido, de Teresa, la clave.

«Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure»²²; un cristiano sin fruto es un contrasentido. Ser «*laudem gloriae*», alabanza de la gloria de Dios, es cooperar a que brille en el mundo la belleza infinita de su santidad. No tanto por las obras exteriores, sino, sobre todo, por el amor. Sor Isabel de la Trinidad, muerta ¿prematuramente? tras realizar su ansiada vocación de carmelita descalza durante sólo cinco años, sin hacer «nada» a los ojos del mundo, ya lo había hecho todo a los de Dios. «¡Nos hemos amado tanto!»

20. Cf. MADRE GERMANA DE JESÚS, *Recuerdos* 17, «La gloria y el amor».

21. Cf. SANTA TERESITA, *Últimas conversaciones*, 29 de septiembre.

22. Jn 15, 16.



En presencia de Dios: Isabel de la Trinidad

M. PHILIPON †

Introducción de M. PHILIPON al libro, En presencia de Dios, Isabel de la Trinidad, (editorial Balmes, Barcelona, 1966). En la apertura de la 4ª sesión conciliar del Concilio Vaticano II. 14 de septiembre de 1965

EL mundo desesperado llama a Dios!» Este grito angustiado de un obispo de Europa central, oído en el transcurso de los trabajos de la comisión teológica del Vaticano II, nos desconcertó a todos. Se estaba en plena discusión sobre el papel de la Iglesia en el mundo. Recogiéndose así, a la luz del Evangelio, para discernir los signos de los tiempos y poder transmitir mejor a los hombres el mensaje divino, la Iglesia constataba con tristeza el trágico destino del hombre moderno, centrado desesperadamente en él mismo, y, sin embargo, atormentado más que nunca por la llamada del Infinito.

Para el que observe objetivamente, con mirada de fe, nuestra civilización técnica, es la constatación doloroso de un mundo sin Cristo y sin Dios (Ef 2, 12). No son ya algunos hombres aislados que, por ignorancia o por pasión, rechazan la existencia de Dios, sino pueblos enteros, innumerables espíritus, que militan con ardor para que la humanidad entera expulse a Dios de la explicación el mundo. ¿Sería, pues, verdadera la blasfemia de Nietzsche: «¡Dios ha muerto!»? Sin embargo, en todos los países ha surgido una corriente espiritual entre las elites, aparece una nueva humanidad insatisfecha de un materialismo que no explica nada, pero que conduce al absurdo y a la desesperación.

La Iglesia del Concilio, una Iglesia de faz joven y radiante, reaparece, animada por el soplo de un nuevo Pentecostés, resuelta con el apoyo de su Maestro a proclamar por doquier el nombre del único Señor. Nunca el mundo estuvo a la vez tan lejos y tan cerca de Dios ¿Hay una tarea más actual, más constructiva y liberadora, que recordar a los hombres la trascendencia de Dios, su presencia creadora y divinizante, descubriéndoles su propia grandeza de hijos de Dios por la gracia? Tal es *En presencia de Dios* el sentido de este libro y

del mensaje que transmite; mensaje de extrema actualidad. Cuando se me pidió la traducción al japonés de «La doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad», se me escribió: «Sartre ha pasado entre nosotros con su existencialismo ateo; nosotros queremos responder a ello con una colección nueva, publicando en primer lugar los escritos de la santa de la *Presencia de Dios*. Isabel de la Trinidad es la respuesta evangélica a esa necesidad, la más arraigada de nuestro tiempo: DIOS». Lo presintió ella escribiendo algunos días antes de su muerte: «Me parece que en el Cielo, mi misión será atraer a las almas, ayudándolas a salir de sí, para adherirse a Dios por un movimiento muy simple y muy amoroso, y guardarlas en ese gran silencio interior que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él». Y antes de morir, legaba a su priora su vocación eterna de alabanza de gloria de la Trinidad. En esta época de activismo que amenaza esterilizar los más generosos esfuerzos de apostolado, Isabel de la Trinidad revela a todas las almas la primacía de la vida interior, de la unión con Dios. Su destello espiritual se ha extendido por todo el mundo. Ha conmovido a muchedumbre de almas sacerdotales y religiosas, ha estimulado a innumerables bautizados y apóstoles de Acción Católica. Enseña a todos a vivir, en medio de las actividades exteriores más desbordantes, en la intimidad divina; por la fe y el amor, sin otro horizonte que Dios. Arrastra a las almas selectas a una vida de perpetuo excederse uno mismo, a imitación de Cristo, no viviendo más que para la gloria del Padre. Su misión es más actual que nunca. En este mundo laicizado, donde millares de hombres gimen en una atmósfera de humanismo ateo, su ejemplo nos recuerda reciamente la vocación de toda criatura y el fin supremo del universo: la glorificación de Dios, «la alabanza de gloria de la indivisible Trinidad.»

José Sánchez del Río, el niño mártir de Cristo Rey

MIGUEL M^a GANUZA



una vida cristiana intensa y fervorosa. Se fomentaba la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen de Guadalupe, de Lourdes, del Carmen, a Santiago Apóstol; devoción especial se tributaba al Santísimo Sacramento, con rosario y bendición solemne diaria, anunciada con toque de campana que detenía chicos y grandes en silencio y recogimiento¹».

Los testigos de su proceso martirial lo recuerdan como un muchacho normal, sano y de carácter jovial. Acudía al catecismo y destacaba por su compromiso en las actividades parroquiales, a pesar de no estar permitidas en aquellos tiempos de persecución. Estando el culto público prohibido, se acercaba a los sacramentos siempre que podía. Aunque era todavía muy joven, José sabía muy bien lo que estaba viviendo México en aquellos años.

En un viaje a Guadalajara, fue a visitar la tumba de Anacleto González Flores, un joven mártir que había sido asesinado durante la persecución religiosa. La resolución de unirse a los cristeros surgió durante aquella visita y aquella experiencia reforzó todavía más su deseo de dar la vida por Cristo; le pidió ser mártir como él. Un año después, sería asesinado por esta causa. José y Anacleto fueron beatificados en la misma ceremonia, el 20 de noviembre de 2005.

EL 16 de octubre el papa Francisco canonizó en Roma a José Luis Sánchez del Río, el niño cristero torturado y asesinado en febrero de 1928 cuando tenía casi 15 años, durante la persecución anticatólica del gobierno de Plutarco Elías Calles.

José nació el 28 de marzo de 1913 en Sahuayo, diócesis de Zamora (Michoacán, México). Fue bautizado en la parroquia de Santiago Apóstol de Sahuayo, lugar donde sería encarcelado y donde comenzará su martirio. Sus padres fueron Macario Sánchez y María del Río, quienes tuvieron otros tres hijos: Macario, Miguel y María Luisa.

José vivió su infancia en un ambiente profundamente católico en un «pueblo cuyo número de sacerdotes era considerable para una población que rondaba los diez mil habitantes. En alguna época hubo veinticinco sacerdotes residentes en el pueblo. Se comprende que la atención espiritual garantizara

Contexto histórico

PARA explicar el contexto en el que fue martirizado José Sánchez del Río es necesario hablar de las leyes laicistas que imponía en México el gobierno masónico de Plutarco Elías Calles. Desde el año 1917 hasta los años cuarenta del siglo xx la Iglesia de México vivió bajo los signos de la persecución. La constitución de Querétaro de 1917 sentó las bases legales para la posterior restricción de la libertad religiosa de la Iglesia católica.

Fue el año 1926, siendo presidente Calles, cuando se pusieron en práctica los artículos religiosos de la constitución mediante la promulgación de la llamada «Ley Calles». La ley entró en vigor el 1 de agosto de 1926 con el fin de llevar hasta sus últimas consecuencias la ejecución práctica de los

1. «El niño testigo de Cristo Rey. José Sánchez del Río, mártir cristero», Luis LAUREÁN CERVANTES. Ed. De Buena Tinta, 2015.

artículos antirreligiosos. Se trataba de una reforma del Código Penal que se proponía minar desde sus bases la vida de la Iglesia y por lo tanto la fe de los católicos.

Calles consideraba a la Iglesia como el único enemigo de cara a la consolidación del régimen, y un verdadero freno al progreso. Fundó la Iglesia Nacional Mexicana nombrando patriarca a Joaquín Pérez Mudar, un sacerdote afiliado a la masonería. Expulsó a más de doscientos sacerdotes extranjeros y su gobierno atacó la obra educativa y social de la Iglesia, clausurando templos, colegios, asilos y obras benéficas.

Sus leyes establecían castigos severos para quienes incumplieran los artículos constitucionales y, entre otras cosas, disponían que los sacerdotes tuvieran que registrarse como trabajadores profesionales y el gobierno determinaría quienes y cuántos ejercerían el ministerio sacerdotal. A la Iglesia no se le reconocía personalidad alguna y se le sometía al arbitrio de las autoridades.

La ley obligaba a que todos los sacerdotes fueran mexicanos, sancionaba con multas y prisión a quienes dieran enseñanza religiosa, o vistieran como clérigo o religioso, o realizaran actos de culto fuera de los templos. Asimismo, se disolvieron todas las comunidades religiosas y se prohibió a sus miembros la vida en común. Todos los templos pasaron a ser propiedad del estado y el gobierno decidía cuáles permanecían abiertos al culto; todas las casas, conventos y seminarios pasaron a ser propiedad del estado y se prohibía a los sacerdotes criticar en público las leyes. La aplicación de estas leyes suponía claramente eliminar la fe católica de la vida del país.

El papa Pío XI denunció enérgicamente esta situación a lo largo de su pontificado y, a su vez, los obispos mexicanos a través de una carta pastoral colectiva reclamaron la reforma de la Constitución recibiendo como consecuencia el destierro de la mayoría de ellos. Los seglares católicos también reclamaron las mismas reformas enviando a la Cámara de Diputados un *memorándum* con más de dos millones de firmas, pero éste no fue tenido en cuenta.

Ante esta situación, y tras consultar a la Santa Sede, los obispos decidieron el 31 de julio de 1926 dejar de administrar los sacramentos, suspendiendo el culto público y cerrando todas las iglesias, en una decisión inédita y única en la historia de la Iglesia².

2. «... En la imposibilidad de continuar ejerciendo el ministerio consagrado según las condiciones impuestas por el decreto, después de haber consultado con Su Santidad Pío XI y obtenida su aprobación, ordenamos que desde el día treinta y uno de julio del presente año, hasta que dispongamos otra cosa, se suspenderá en todos los templos de la República el culto público que exija la in-

El testimonio del cristero Cecilio Valtierra expresa con elocuencia lo que sucedió: «*Se cerró el templo, el sagrario quedó desierto, quedó vacío, ya no está Dios ahí, se fue a ser huésped de quien gustaba darle posada ya temiendo ser perjudicado por el gobierno; ya no se oyó el tañir de las campanas que llaman al pecador a que vaya a hacer oración. Sólo nos quedaba un consuelo: que estaba la puerta del templo abierta y los fieles por la tarde iban a rezar el Rosario y a llorar sus culpas. El pueblo estaba de luto, se acabó la alegría, ya no había bienestar ni tranquilidad*»³.

Alzamiento de los cristeros

EN agosto de 1926, el movimiento cristero se organizó y se alzó en defensa de la fe. El alzamiento viene expresado así en la carta del cristero Francisco Campos: «*El 31 de julio de 1926, unos hombres hicieron por que Dios Nuestro Señor se ausentara de sus templos, de sus altares, de los hogares de los católicos, pero otros hombres hicieron por que volviera otra vez (...). A esos hombres no les importó dejar sus casas, sus padres, sus hijos, sus esposas y lo que tenían (...). Aquellos hombres regaron el suelo con su sangre y, no contentos con eso, dieron sus mismas vidas por que Dios Nuestro Señor volviera otra vez. Y viendo Dios Nuestro Señor que aquellos hombres de veras lo buscaban, se dignó venir otra vez a sus templos, a sus altares, a los hogares de los católicos*»⁴.

El conflicto se prolongó hasta febrero de 1929, momento en que el gobierno comienza a entender que no podrá vencer militarmente a los cristeros. En el periodo de marzo a junio de 1929 el movimiento cristero alcanzó su mayor apogeo y es entonces cuando, por obediencia a la Iglesia, se producen los mal llamados «Arreglos» entre la Iglesia y el Estado. De esta manera, se obtienen unos «acuerdos verbales», pactados entre dos representantes del episcopado mexicano y el gobierno de México bajo la mediación de los Estados Unidos; acuerdos que inmediatamente serían negados por el Gobierno⁵.

tervención del sacerdote. Dejamos los templos al cuidado de los fieles y estamos seguros que ellos conservarán con toda solicitud los santuarios que heredaran de sus mayores o los que a costa de sacrificios construyeron y consagraron ellos mismos para adorar a Dios...». Carta pastoral colectiva del episcopado mexicano, dada el 25 de julio de 1926.

3. «La Cristiada: la guerra de los cristeros», Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1996. P. 96.

4. *Ibíd.* P. 93

5. «Publicaba la revista “30 días” (1993, n.66) una entrevista con la pintora mexicana Dolores Ortega, de



Estatua de José Sánchez del Río con una reliquia. Beatificación de José Sánchez del Río en el estadio de Guadalajara, Méjico

Martirio de san José Luis

Al decretarse la suspensión del culto público, José tenía 13 años y 5 meses. Su hermano Miguel decidió tomar las armas para defender la causa de Cristo y de su Iglesia. José, viendo el valor de su hermano, pidió permiso a sus padres para alistarse como soldado. Su madre trató de disuadirlo pero él le dijo: «Mamá, nunca había sido tan fácil ganarse el Cielo como ahora, y no quiero perder la ocasión». Gracias a su insistencia, su madre le dio permiso, y el jefe cristero lo admitió, no como soldado activo, sino como un asistente. La ocupación de

85 años, que vivió de cerca la Cristiada con su marido, Carlos Díez de Sollano, uno de los responsables de la Liga Nacional. A la pregunta «¿por qué los obispos firmaron los acuerdos?», responde: «Estaban confundidos y los engañaron. Después de los arreglos, convidamos a cenar a monseñor Díaz, arzobispo de México. Estábamos comiendo y mi esposo le dice: «Oigame, Ilustrísima, ¿qué me dice usted de los arreglos». Bajó los ojos, casi se le saltaron las lágrimas y le dice: «Mira Carlitos, ese asunto no me lo toques, me causa mucho dolor. Nos engañaron». Y continúa el periodista: «También ustedes cayeron en el engaño». A lo que contesta la señora Ortega: «No, de ningún modo. Nosotros sabíamos que era una trampa, que el gobierno no respetaría nunca los arreglos. Lo sabíamos todos, los de la Liga y los cristeros». «Sabían ustedes que era un engaño, que entregando las armas y dejando la clandestinidad la muerte era segura. ¿Por qué lo hicieron, entonces?». «Porque lo mandaba la Iglesia. Por fidelidad, por obediencia a la Iglesia». «Hechos de los Apóstoles de América», José María IRABURU. Ed. Gratis Date.

José consistía fundamentalmente en la de servir en sencillas tareas, que no comportaban en absoluto su empeño en la lucha activa, y en ser portaestandarte. En el campamento se ganó el cariño de sus compañeros que lo apodaron «Tarsicio». Su alegría endulzaba los momentos tristes de los cristeros y todos admiraban su gallardía y su valor. Por la noche dirigía el santo rosario y animaba a la tropa a defender su fe.

El 5 de febrero de 1928 tuvo lugar un combate. El caballo del general cristero cayó muerto y José bajó de su montura y le dijo: «Mi general, aquí está mi caballo, sálvese usted, aunque a mí me maten. Yo no hago falta y usted sí» y le entregó su caballo.

Le apresaron y le llevaron ante el general callista, quien le reprendió por combatir contra el gobierno y le dijo: «Vente con nosotros y te irá mejor que con esos cristeros. —¡Jamás, jamás! ¡Primero muerto! ¡Yo no quiero unirme con los enemigos de Cristo Rey!». El general lo mandó encerrar en la cárcel de Cotija. José pidió tinta y papel y escribió una carta a su madre en la que le decía: «Mi querida mamá: fui hecho prisionero en combate en este día. Creo que voy a morir, pero no importa, mamá. Resígnate a la voluntad de Dios; yo muero contento porque muero en la raya al lado de nuestro Dios» (6 de febrero de 1928).

A la noche es encarcelado en el templo donde había sido bautizado. En ese mismo lugar, habían guardado unos gallos de pelea que habían trepado hasta el altar y el sagrario dejando grandes excrementos. José retorció el pescuezo de los gallos, se limpió las manos con trapos, se puso de rodillas y oró devotamente, hasta que el sueño se fue apoderando de él.

Al día siguiente, 8 de febrero, Picazo —quien era padrino de José— fuera de sí grita al muchacho: «¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes lo que vale un gallo?...». José contesta: «Lo único que sé es que la casa de Dios no es palenque ni corral». Picazo le vocifera e increpa... José le contesta: «Estoy dispuesto a todo, fusílenme para que yo esté delante de Nuestro Señor»⁶.

El 10 de febrero de 1928 escribe su última carta a su tía: «Querida tía, estoy sentenciado a muerte. A las ocho y media llegará el momento que tanto he deseado. (...) Salúdame a todos y tú recibe, como siempre y por último, el corazón de tu sobrino que mucho te quiere y verte desea. Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera. ¡Viva Cristo Rey y santa María de Guadalupe!». A las ocho su tía le llevó la comunión, escondida en la cena. Tras tomarla, dijo a su tía: «Muchas gracias, tía María; te encargo a mi mamá, dile que no se apure, que ya me gané el Cielo».

A las once confirmaron la sentencia de muerte y llegó la hora suprema. Le desollaron los pies con un cuchillo y le hicieron caminar a golpes hasta el cementerio. Dios le dio fortaleza para caminar, gritando vivas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe. Ya en el panteón, preguntó cuál era su sepultura, y con un rasgo admirable de heroísmo, se puso de pie al borde de la propia fosa, para evitar a los

6. Su padrino Picazo jugó un papel relevante en la detención y en el asesinato de José Sánchez del Río. Años más tarde sería asesinado a balazos mientras viajaba en tren. En ese mismo tren viajaba un conocido suyo originario también de Sahuayo y cuando Picazo se sintió herido, le dijo: «¡Consígueme un sacerdote, quiero un sacerdote!». Su paisano le contestó: «¿y dónde te consigo aquí un sacerdote?». Entonces un sacerdote, que viajaba de incógnito, se acercó y les dijo: «Yo soy sacerdote» y entonces Picazo se confesó y recibió el sacramento de la Santa Unción, después murió.

verdugos el trabajo de transportar su cuerpo. Acto seguido, los esbirros se abalanzaron sobre él y comenzaron a apuñalarlo. A cada puñalada gritaba de nuevo: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!». En medio del tormento, el capitán jefe de la escolta le preguntó, no por compasión, sino por crueldad, qué les mandaba decir a sus padres, a lo que respondió José: «Que nos veremos en el Cielo. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!». Mientras salían de su boca estas exclamaciones, el capitán le disparó en la cabeza y el muchacho cayó dentro de la tumba, bañado en sangre.

«La canonización de este niño mártir es un don y una gracia para México y para toda la Iglesia. El santo José deberá ser para todos un ejemplo del camino de Jesús y de la lógica de su seguimiento: el que se ama a sí mismo, se pierde; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se asegura para la vida eterna; y, al mismo tiempo, una fuente de esperanza y una garantía de frutos de vida eterna para todos los fieles: la sangre de los mártires, en efecto, sigue siendo semilla de cristianos.

En primer lugar, para las familias cristianas: para que sigan siendo, como hasta hace poco, semilleros de vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada, iglesias domésticas donde se vivan los valores evangélicos y las virtudes cristianas. También para los jóvenes, los niños y los adolescentes como José Luis Sánchez del Río: para que se sientan, como él, llamados a las filas de Cristo Rey, seleccionados para vivir más cerca de Él, invitados a un amor más grande, motivados para dar sentido a su vida amando a Jesús como Él nos amó»⁷.

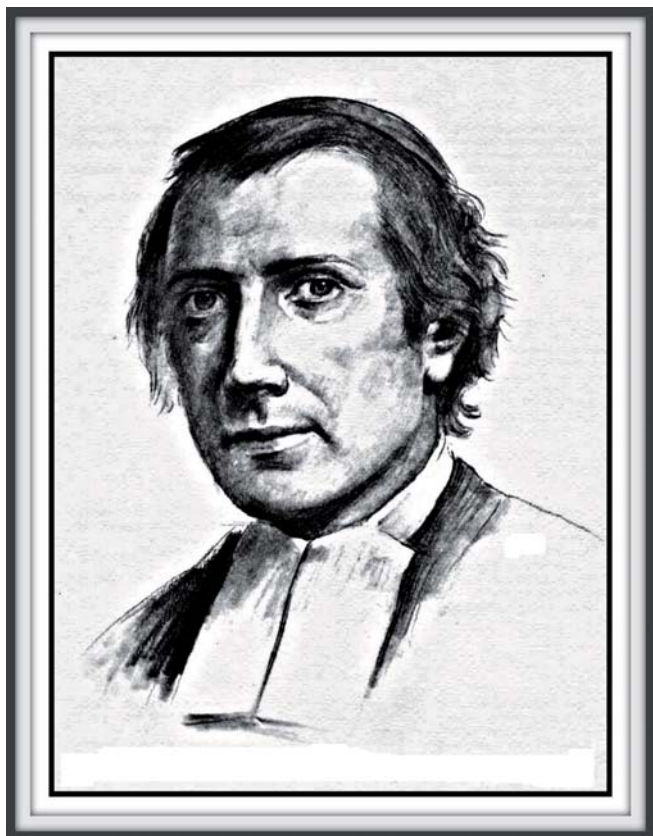
7. Cf. Homilía del cardenal José Saraiva Martins en la misa de acción de gracias por la beatificación de José Sánchez del Río, Michoacán, México, 21 de noviembre de 2005.

Anunciar a Cristo Rey es hacer la confesión de fe en el Hijo de Dios vivo, y es en el fondo un grito de batalla para que los valores del Reino que vino a instaurar en la tierra sigan vigentes en la querida nación mexicana: la verdad y la vida, la santidad y la gracia, la justicia, el amor y la paz, como lo celebraba el prefacio de la fiesta de Cristo Rey que celebramos ayer.

Cardenal SARAIVA MARTINS, de la homilía de acción de gracias por la beatificación de José Sánchez del Río. Sahuayo (Michoacán, México), 21 de noviembre de 2005

Salomón Leclercq, mártir durante la Revolución francesa

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA



San Salomón Leclercq

EL 16 de octubre el papa Francisco canonizó a Salomón Leclercq, hermano de La Salle, mártir de la Revolución francesa. El hermano Salomón nació en Boulogne en 1745. Su nombre de pila era Guillermo Nicolás Luis. Hijo de un

Como hermano de La Salle desempeñó las funciones de profesor, maestro de novicios, administrador de una escuela y, finalmente, secretario del superior general de la orden, siendo conocido en todas estas tareas por su gran amor a las personas y su duro trabajo.

comerciante de vinos, formaba parte de una gran familia de once hijos. Todas las noches, la familia Leclercq solía rezar al pie de una cruz, un momento muy importante para el joven, que afirmó después cómo el ejemplo de sus padres hizo crecer su fe.

De los once hermanos, él fue el único que pudo

estudiar, beneficiándose de la gratuidad de las enseñanzas de las Escuelas Cristianas. El Instituto de las Escuelas Cristianas había sido fundado por san Juan Bautista de La Salle a principios del siglo XVIII. Siendo sacerdote, se había enfrentado al reto de educar a niños y jóvenes sin recursos, y había revolucionado los métodos de enseñanza de su tiempo. Antes se enseñaba a cada niño por separado; el padre La Salle los reunió por grupos para darles clases. Con frecuencia antiguamente se educaba con gritos y golpes; él reemplazó el sistema del miedo por el método del amor y de la convicción. Y los resultados fueron maravillosos. La gente se quedaba admirada al ver cómo mejoraba la juventud al ser educada con los métodos del santo. No les enseñaba solamente cosas teóricas y abstractas, sino sobre todo aquellos conocimientos prácticos que más les iban a ser de utilidad en la vida diaria. Y todo fundamentado en la religión y la amabilidad.

La Salle empezó a reunir a sus profesores para instruirlos en el arte de educar y para formarlos fervorosamente en la vida religiosa. Y con los más entusiastas fundó la Comunidad de Hermanos de las Escuelas Cristianas. El éxito de su congregación fue inmenso desde el principio, y ya en vida del santo abrieron colegios en muchas ciudades y en varias naciones. Fue un genio en el arte de educar, porque para él lo imprescindible, lo que constituía su obsesión, era obtener la salvación del alma de los educandos y hacerlos crecer en la fe. Si no hubiera sido por estos dos fines, no habría emprendido ninguna obra especial, porque esto era lo que en verdad le interesaba y le llamaba la atención: hacer que los educandos amaran y obedecieran a Dios y conseguirían llegar al Cielo.

Guillermo Leclercq pudo disfrutar de la enseñanza de los hijos de san Juan Bautista de La Salle durante su infancia. En la escuela fue un alumno tímido y muy serio. Su objetivo era poder trabajar después al lado de su padre; por eso se apuntó a una clase sobre el comercio y más tarde marchó a París para perfeccionarse en el oficio y adquirir experiencia en los negocios. Pero allí llegó a una conclusión: «No estoy hecho para vivir en el mundo; la vista

de todos los pecados que se cometen altera la serenidad de mi alma.» Esta constatación de que el camino emprendido no le llevaba a Dios, y el contacto que aún conservaba con los Hermanos de La Salle, le animaron a tomar la decisión de entrar en el noviciado de Saint-Yon en 1767, a los veintiún años, para vestir su hábito con el nombre religioso de Salomón.

Como hermano de La Salle desempeñó las funciones de profesor, maestro de novicios, administrador de una escuela y, finalmente, secretario del superior general de la orden, siendo conocido en todas estas tareas por su gran amor a las personas y su duro trabajo, siguiendo la estela del santo fundador de la congregación.

La persecución llega también a los Hermanos de La Salle

LA Revolución francesa trastorna las actividades cotidianas de los hermanos. En 1791 la Asamblea Nacional promulga una Constitución revolucionaria, en la cual quedan sentados los principios de la Revolución. El texto iba precedido por la *Declaración de los derechos del hombre*, que recogían el pensamiento de la Ilustración, estructurando la convivencia al margen de Dios y de su ley y afirmando la soberanía de la Nación, que se encarna en la Asamblea. La Declaración afirma literalmente «Toda soberanía reside esencialmente en la Nación. La Ley es la expresión de la voluntad general. Los límites no pueden ser determinados más que por la Ley». Y en la aplicación de estos principios es como se va a instaurar el Terror en Francia, bajo el que caerán el hermano Salomón y tantas otras víctimas, ya que la voluntad general no tiene otros límites que su propio poder, y debe imponerse a cualquiera que suponga un obstáculo para la Revolución.

Ya durante el año anterior, en 1790, la Asamblea Nacional había decretado la Constitución Civil del Clero. En ella se instauraba que los obispos y párrocos habían de ser designados por elección popular, como los demás empleados estatales. Al mismo tiempo se suprimían beneficios de la Iglesia y se reestructuraban las diócesis de Francia, que pasaron de ser 133 a 83. La Asamblea promulga también una ley que obliga a los sacerdotes a prestar juramento de fidelidad a la Constitución Civil del Clero, cosa que se traducía en la obligación de acatar los principios de la Revolución y romper con la Santa Sede,

con la pretensión del Estado de tener un control total sobre la Iglesia. Sólo cuatro de los 133 obispos franceses lo prestaron. Un tercio del clero francés —los sacerdotes juramentados— lo presta también inicialmente, frente a dos tercios que se niegan— los no juramentados. A este segundo grupo van a pertenecer el hermano Salomón y sus compañeros.

En 1791, el papa Pío VI condena la Constitución Civil del Clero y suspende a todos los sacerdotes juramentados. Muchos de ellos se retractan de su juramento, arrepentidos. La Asamblea, frente al rechazo masivo de su Constitución, y a pesar de encontrarse todavía en el poder los «moderados», para aplicar la legalidad comienza a perseguir a la Iglesia en la persona de los sacerdotes y obispos refractarios, empleando la fuerza para imponer en su lugar a los juramentados. Es entonces cuando se desata la protesta popular y campesina en el oeste de Francia (la Vendée, Bretaña...), porque se les priva por la fuerza de sus sacerdotes fieles a la Iglesia.

En 1792 la Asamblea Nacional decreta la supresión del Instituto de las Escuelas Cristianas. Hasta entonces las órdenes religiosas dedicadas a la educación y al cuidado de los enfermos se habían librado de la supresión y el expolio llevados a cabo en febrero de 1790 con todo el resto de congregaciones. Entre otras cosas se habían permitido estas órdenes

«Las tribulaciones que sufrimos en este mundo son temporales, y la recompensa que esperamos será eterna. Digo yo, ¿por qué llorar, si el Evangelio nos insta a alegrarnos cuando tenemos algo que sufrir por su nombre? Suframos con alegría y acción de gracias las cruces y aflicciones que Él nos envíe».

porque la mitad de los alumnos de Francia estudiaban en escuelas de La Salle. Eran ciento veintiún escuelas, que educaban en total a unos treinta y seis mil alumnos. Ahora, en agosto de 1792, los jacobinos se hacen con el poder y no reparan en utilizar ningún medio. También los bienes del Instituto de las Escuelas Cristianas son vendidos, y a los religiosos que no prestan juramento se les obliga a abandonar sus escuelas y comunidades. Se cierran todas las escuelas católicas de París y se prohíbe el uso público de hábitos o vestimentas religiosas. Alrededor de veinticinco mil sacerdotes no juramentados tienen que huir del país. Una serie de «comités de vigilancia» de *sans-culottes* y descamisados detenían a cuantos juzgaban sospechosos para encerrarlos en las prisiones de París.

El hermano Salomón, como la mayoría de sus

compañeros, desde que se niega a jurar entra en la clandestinidad, permaneciendo un tiempo solo en París, desde donde escribe algunas cartas a su familia, en las que podemos entrever la esperanza que le sostenía en medio de la tormenta: «*Las tribulaciones que sufrimos en este mundo son temporales, y la recompensa que esperamos será eterna*», escribe el 15 de agosto de 1792 a su hermana. «*De pie en el estado en el que a uno le gustaría ir a presentarse ante el Juez supremo: ésta debe ser la vida de un cristiano que tiene fe. Se debe mirar a todas las cosas de este mundo, las riquezas, placeres, buena comida como meras vanidades, propias para entretener a los hombres de carne y hueso, pero que no pueden satisfacer a un alma que sabe que está hecha para gozar de Dios y disfrutar de Él para siempre. Trate de mantener estos sentimientos y estas disposiciones en sus hijos, a los que abrazo con mucha ternura. Si Dios quiere, iré a unirme con usted y mezclaré mis lágrimas con las suyas. ¡Pero no! Digo yo, ¿por qué llorar, si el Evangelio nos insta a alegrarnos cuando tenemos algo que sufrir por su nombre? Sufrir con alegría y acción de gracias las cruces y aflicciones que Él nos envíe. Por mi parte, no me considero digno de sufrir por Él, por cuanto hasta ahora no he experimentado nada malo, mientras hay tantos confesores de la fe que se hallan en dificultad.*»

El mismo día en que escribe esta carta, Salomón es detenido y encarcelado en un monasterio carmelita en París, convertido en prisión para más de cien sacerdotes, religiosos y laicos. Pasa dieciocho días allí, en unas condiciones terribles e inhumanas de suciedad, falta de alimento y maltrato por parte de los guardias. Todos los prisioneros duermen en el suelo de la iglesia.

El 2 de septiembre, un tribunal revolucionario interroga uno a uno a los prisioneros preguntándoles si aceptan la Constitución Civil del Clero. Se trata de un simulacro de juicio en el que la condena está asegurada de antemano, ya que aquellos guardias tienen que darse prisa para unirse al ejército, pues Francia estaba en guerra con Prusia y otras naciones europeas y se encontraba en un momento crítico. A medida que los condenados van saliendo de la sala, dos milicianos *sans-culottes* los esperan al pie de una escalera y los asesinan con la espada, para terminar tirando sus cadáveres a un pozo cercano. Hoy en día, en el lugar donde se encontraba el pozo hay una cruz que conmemora la beatificación

de estos mártires por el papa Pío XI el 17 de octubre de 1926.

El martirio de los ciento cincuenta religiosos y sacerdotes que estaban en la iglesia de los carmelitas no fue un episodio aislado. El mismo día, los revolucionarios habían interceptado un transporte con treinta sacerdotes y los habían matado a todos. Y al día siguiente, el 3 de septiembre, los revolucionarios se dirigieron hacia un seminario lazarista, donde mataron a la mayoría de los sacerdotes y estudiantes. Las cifras de muertos de lo que se conoce como las *Masacres de septiembre* ronda los mil trescientos fallecidos.

Salomón fue el primer mártir de su instituto, aunque pronto se le unieron otros tres miembros conocidos como los *hermanos mártires de los pontones de Rochefort*, quienes también fueron asesinados por su fe durante la Revolución francesa. La fiesta de estos cuatro hermanos mártires se celebra el 2 de septiembre.

El milagro que ha hecho posible su canonización es conmovedor. Se trata de la inexplicable curación de una niña venezolana. Al sur de Caracas, en Sabaneta del Cañaveral, una niña muy pobre que vivía en el hogar de las Siervas del Santísimo Sacramento sufrió la mordedura de una serpiente venenosa. Los médicos dudaban si amputarle la pierna, aunque no tenían la certeza de que la medida fuera suficiente para salvarle la vida. Las religiosas rezaron junto con todos los miembros del albergue al beato Salomón Leclercq, y la niña quedó completamente curada en unas horas. En mayo de 2016 el milagro fue aceptado en Roma.

Gracias a la insistencia de monseñor Rafael María Febres, sacerdote supervisor de los albergues de niños, en 2004 había llegado la imagen del beato Salomón a la ermita que se había construido en Sabaneta del Cañaveral. Según sus propias palabras, desde que llegó la imagen «*fue como un amor a primera vista entre el pueblo y el santo.*» Una multitud participó en la celebración en la que se recibió la imagen, y desde entonces creció increíblemente la devoción de aquellas gentes hacia el beato. Es bonito pensar que, en agradecimiento el hermano Salomón desde el Cielo quiso que el milagro de su canonización se realizara en aquella zona rural y humilde que con tanto cariño le había acogido, y que una niña pobre fuera quien se beneficiara de su intercesión, igual que en la tierra había dedicado su vida a servir a los niños y jóvenes para llevarlos al Cielo.



«El cura Brochero, modelo de apóstol»

HUGO WAST †



EL Instituto Hugo Wast difundió con motivo de la beatificación del cura Brochero un artículo que con el título «El admirable cura Brochero, modelo de apóstol» escribió hace más de cincuenta años el escritor y novelista católico argentino Gustavo Martínez Zuviría, más conocido por su seudónimo literario de Hugo Wast. En homenaje al nuevo santo argentino, reproducimos el artículo en el que Hugo Wast, cincuenta años antes llama a Brochero «santo criollo».

La leyenda

EL 16 de marzo de 1840 nació en la villa de Santa Rosa del Río Primero (en la provincia argentina de Córdoba) José Gabriel Brochero, que había de ser el famoso cura de San Alberto.

El señor Brochero como se lo llamó siempre, ha entrado en la historia por la graciosa puerta de la leyenda. Antes de saber quién era, el público, no sólo de Córdoba, sino de toda la nación, conocía anécdotas, dichos, episodios de su vida, algunos auténticos y muchos inventados. Ha sonado ya la hora de situar

esta gran figura de santo criollo en su verdadero marco histórico, mientras llega el día de venerarlo en los altares. Los más se imaginan que fue un simple cura rural, inculto y desarrugado en los modales, buen jinete y capaz de decirle malas palabras al gobernador y al presidente de la república; un caudillo de sotana, empeñado en una labor materialista, que se ganaba la voluntad de aquellos gauchos bozales entre quienes vivía, con cuentos de chalán y con beneficios de político lugareño: caminos, ferrocarriles, escuelas, amén de alguna capilla y de no pocos asados con cuero.

El apóstol

TODO eso, que puede ser cierto, es apenas una parte de la historia externa del famoso cura de San Alberto. Hay que decir la verdad. Brochero fue exclusivamente un apóstol, un ardiente evangelizador de los pobres, que hubiera mandado al diablo sus instrumentos de apostolado, sus caminos, sus ferrocarriles, sus escuelas, y hasta la célebre mula malacara en que anduvo miles de leguas por abruptas serranías y desiertos impresionantes, en cuanto hubiera advertido que eso no servía a su único propósito: ganar almas para Dios.

Los Ejercicios Espirituales como medio de apostolado

Y si no se ha penetrado la verdadera vocación de su vida, menos se ha advertido la extraña herramienta espiritual que utilizó. ¿A quién podría ocurrírsele que el mejor medio de convertir aquellos hombres y mujeres de las sierras, rústicos, recelosos, y a menudo analfabetos, fuesen los sutiles Ejercicios de san Ignacio? Este recurso heroico, que comienza con un encierro de ocho o nueve días para realizar severa penitencia y que es difícil de aplicar a la generalidad de las gentes, ni siquiera en las grandes ciudades, donde hay más inteligencia del asunto y predicadores expertos, y casas adecuadas, con las comodidades indispensables, Brochero lo implantó desde 1878 en El Tránsito, aldehuela prendida en la falda occidental de las Sierras Grandes, al otro lado de

la Pampa de Achala, en una región que no se comunicaba con el resto del mundo sino por dificultísimos caminos de herradura. ¿Cómo se le ocurrió al cura de San Alberto la idea de implantar los Ejercicios de san Ignacio y cómo la llevó a la práctica? Refieren que el Niño-Dios mismo le mostró en sueños el lugar indicado donde había de construir su edificio. Sería interesante recoger un día las versiones que aún corren de los sueños que tuvo.

Un poco de historia. El joven cura de San Alberto

HABÍA nacido —como dijimos— el 16 de marzo de 1840. Tenía, pues, 29 años cuando en 1869 se hizo cargo del curato del departamento de San Alberto, con sus quinientas leguas de serranías indómitas y casi desiertas, y una mísera capilla de techo de paja, situada en San Pedro, la población principal. Pronto había recorrido en mula todo su feudo, y empezaba a conocer a sus feligreses... muchos de ellos por primera vez en su vida veían un hombre de sotana. Los visitaba para saber sus necesidades y los invitaba a ir los domingos a la misa, donde él les platicaba con lenguaje pintoresco y transparente. Muchos accedían y consentían en cubrir la distancia de ocho, diez, quince leguas, que los separaba de San Pedro. El joven cura iba ganándolos, y no tardó en ver que su capilla era muy pequeña para la concurrencia de los domingos; y se puso a la obra de construir una verdadera iglesia. Y como el apetito viene comiendo, y muchos de sus feligreses realizaban largas peregrinaciones sin más objeto que asistir a misa, se le ocurrió invitarlos a ir a la ciudad de Córdoba, para pasarse unos días de penitencia en la Casa de Ejercicios que allí existe.

Caravanas de ejercitantes

LA proposición ahora nos parecerá inconcebible. ¿Cómo abandonar ocupaciones, hogares, familias; transponer treinta leguas de cordillera, en pleno invierno, cruzar desiertos o páramos nevados, en que ni los pumas ni las águilas encuentran su alimento? Y la invitación se hacía a todos, hombres y mujeres, y el joven sacerdote se comprometía a guiarlos él mismo, montado en su mula, como un san Bernardo, predicador y guía de esta rara cruzada.

Tiene fe ciega en los prodigiosos resultados de los Ejercicios Espirituales. Desde los tiempos en que era seminarista los conoce por experiencia propia, y ahora que es cura de almas, son su permanente obsesión.

Sabe que nada se opone tanto a la vida espiritual como el hecho casi trivial de que nadie se desprende, ni siquiera por un día, de los cuidados temporales; nadie se zambulle enteramente en una atmósfera de libertad absoluta que le permita poseer su corazón al menos durante una hora. Dos veces cada año condujo numerosísimos grupos de jinetes, hombres y mujeres, por arriba de la Pampa de Achala, nevada con frecuencia, pues era en los meses de julio a agosto. Marchaban lentamente, por caminos de cabras, el día entero, y de noche acampaban al raso, bajo la palpitante y helada luz de las estrellas, alrededor de hogueritas menguadas, porque la leña escasea mucho en la región.

Casa de Ejercicios en El Tránsito

COMO fuesen cada año más numerosos los que se alistaban para aquella inverosímil cabalgata, de cincuenta o sesenta leguas en redondo, después de la iglesia pensó en construir una casa para hacer los Ejercicios en El Tránsito, otra aldea de su curato. Puso manos a la obra. Fue una construcción sencilla y barata, pero de grandes medidas: una capilla, muchas habitaciones y un gran comedor de sesenta varas de largo. Formando cuadro con ella edificó otra, de 48 varas por 100, para colegio de niñas, y trajo de Córdoba a las monjas Esclavas del Corazón de Jesús, a quienes encomendó el cuidado de ambas. La fama del colegio y de la Casa de Ejercicios se difundió por toda la región y acudieron colegiales y ejercitantes de los más remotos lugares de la provincia de Córdoba y aun de la de San Luis y de La Rioja. Brochero era ya hombre de inmensa popularidad. Fue tal su alegría cuando se abrieron los cimientos de la casa de Ejercicios, que quiso poner él mismo la primera piedra, y previendo la oposición del Infierno contra el edificio del que esperaba tantos frutos, la arrojó con brío, como si con ella aplastase la cabeza de una serpiente, y exclamó: ¡Te fregaste, diablo!

Cien mil ejercitantes en sesenta años

LA inauguró en el invierno de 1878 y tuvo que dividir a los ejercitantes en cinco tandas, pues pasaron de tres mil. Al año siguiente fueron ocho tandas, con más de cuatro mil. Ya han transcurrido más de sesenta años y todavía funciona aquel prodigioso mecanismo en el caserón primitivo, hartamente destartado ya. No menos de cien mil personas han tomado (como allí dicen) los Ejercicios Espirituales más severos que puedan imaginarse, en esa aldehuela de escasísima población. Nada más pintoresco, y a las veces nada más extravagante, que los medios de que se valió el cura de San Alberto para propagarlos.

El «Gaicho Seco»: conversión de un bandolero

HABÍA en las Sierras Grandes, allá por 1887, un gaicho malo, jefe de bandoleros, famoso por sus robos y crímenes. El señor Brochero se empeñó en hacerle «tomar los Ejercicios» al Gaucho Seco, y fue a buscarlo en su escondrijo como quien busca a un puma en su cubil. De entrada, no más, le dijo que iba a curarle la lepra de que estaba cubierta su alma. El Gaucho Seco oyó estupefacto semejantes palabras y tuvo curiosidad de asistir a unas ceremonias tan extrañas, de que hacía diez años se hablaba tanto en el país. Una mañana del frío mes de agosto llegó a El Tránsito, montado en una mulazaina, guiado por el cura, que montaba su invariable mula malacara, y seguido a cierta distancia por otros dos jinetes que le guardaban las espaldas.

—Vamos a ver— dijo el Gaucho Seco, apeándose a la puerta de la Casa de Ejercicios —cómo se me va a curar la lepra del alma. Desensilló, entregó la mula a su lugarteniente, y llevando en sus brazos el apero que sería su cama durante ocho días, siguió a Brochero, que le hizo cruzar dos patios y palmeándole la espalda le indicó una habitación, donde dormiría con una veintena de hombres de su laya. Más de seiscientos paisanos habían llegado ya para esa tanda. Todos miraban, no sin recelo al Gaucho Seco, que pasaba arrogante entre ellos, haciendo sonar sus espuelas y arrastrando la cincha de su silla de montar, cubierta por ricos pellones. Sólo se oía el ruido de aquellos pasos y de aquellas espuelas. Un silencio imponente dominaba a la extrañísima reunión.

—¡Vamos a ver el milagro!— dijo para sí con sorna, arrojando sobre la tierra empedernida el copioso apero. Sonó entretanto una campanita agitada por la mano de un viejo; y todos silenciosamente lo siguieron sin saber a dónde, y el Gaucho Seco detrás de ellos. Entraron en la capilla, que se hallaba a oscuras, no obstante ser de día, alumbrada escasamente por algunas velas de sebo y la mariposilla del Sagrario. Un sacerdote de negra sotana empezó a hablarles. Nadie más que él hablaba. El silencio era absoluto y comprimía hasta el latido de las sienas. Del patio llegaba un olor a carne asada. El señor Brochero les preparaba el primer almuerzo en fogatas al aire libre. Terminó la plática y hubo rezos y cánticos. El Gaucho Seco asistió sin aburrirse, pero sin comprender ni los cantos, ni los rezos, ni las pláticas. Sonó otra vez la campana y salieron a almorzar. Siempre el mismo silencio impresionante. A lo sumo, el ruido de un cuchillo, uno de esos largos y filosos cuchillos de los gauchos, que cortaba un hueso. Después cebaron mate, alrededor de anafes de barro cocido, en que se iban durmiendo rojas brasas de algarrobo. El Gaucho Seco, vencido por las ganas de tomar mate, se allegó a un grupo y aceptó que lo convidaran,

sin atreverse a pronunciar una palabra, tan plúmbeo e imperioso era el callar de la muchedumbre. De nuevo la campana, y el moverse en filas de la concurrencia, y el acudir a la capilla, y de nuevo la plática y los rezos y los cantos. Después, de nuevo a sus piezas, desnudas y frías, donde calentaron los estómagos vacíos con algunos mates, y se acostaron vestidos sobre sus aperos, en la tierra, pues no había camas, ni las necesitaban personajes como ellos. Al alba, otra vez la campana, las mismas distribuciones y el mismo silencio. Más que las pláticas de los dos jesuitas que sucesivamente les hablaban, llamaban la atención del Gaucho Seco las coplas que se cantaban, y cuyo trascendental sentido había comenzado a percibir: Perdón, ya mi alma / Sus culpas confiesa; / Mil veces me pesa / De tanta maldad. / Perdón, oh, Dios mío / Perdón y piedad...

¿Era, pues, cierto, era posible que Dios lo perdonase a él? ¿Era, pues, verdad que otros muchos, tan cargados como él de crímenes, habían encontrado misericordia al pie del Crucifijo? Al tercer día el Gaucho Seco se azotó con furia los recios lomos y al sexto día se arrodilló sollozando a los pies de un misionero, que lo envolvió en el poncho de lana para que otros no lo viesan llorar.

—¡Cayeron, mi curita, las escamas de la lepra! Hoy es el día de mi nacimiento. Al otro año el Gaucho Seco volvió a los Ejercicios trayendo a catorce paisanos más que querían también hacer el maravilloso experimento de nacer de nuevo.

Santas recomendaciones

EL último día de los Ejercicios el cura los despedía con una carne con cuero y un sermonecito de este jaez: —Bueno; vayan no más, y guárdense de ofender a Dios volviendo a las andadas. Ya el cura ha hecho lo que estaba de su parte para que se salven, si quieren. Pero si alguno se empeña en condenarse, que se lo lleven mil diablos...

Benefactor y santo

LA obra de José Gabriel Brochero fue inmensa. Murió a los 73 años, el 26 de enero de 1914. Aunque, por decreto justiciero del gobernador Cárcano, El Tránsito lleva ahora su nombre y hay en la plaza del pueblo una estatua suya de bronce, todavía su país no ha reconocido en él a uno de sus más grandes benefactores. Algún día se escribirá su hermosa historia y veremos cómo se ha cumplido en él las palabras del profeta Daniel: los que hayan conducido a muchos a la santidad serán como las estrellas, eternamente y siempre.

La realeza de Jesucristo en las IV Jornadas Martiriales de Barbastro

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA



Los pasados días 14, 15 y 16 de octubre han tenido lugar en el salón de actos del museo de los mártires claretianos de Barbastro las IV Jornadas Martiriales bajo el lema: «La realeza de Jesucristo». Fueron inauguradas en la tarde del viernes 14 por don Ángel Noguero, vicario general de la diócesis de Barbastro-Monzón, en nombre del Sr. Obispo en viaje apostólico fuera de España, exponiendo la razón del lema de las mismas: el martirio cristiano es una gracia de participación en la pasión de Cristo, Rey de los Mártires, fuente de nuestra salvación redentora.

La primera conferencia estuvo a cargo del padre Santiago Cantera Montenegro, OSB, prior de la abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, quien expuso el tema: «Pío XI y la realeza de Jesucristo». Siguió la de don Martín Ibarra Benlloch,

Presidente de la Comisión Histórica para la Causa de los Mártires de la diócesis de Barbastro-Monzón, quien disertó sobre: «La festividad de Cristo Rey en las parroquias de Lérida, hoy Barbastro-Monzón».

Seguidamente el P. Juan Manuel Rossi, del Instituto del Verbo Encarnado del monasterio del Pueyo, desarrolló magistralmente el tema: «La devoción a Cristo Rey en los mártires de Barbastro».

Recordó como el 12 de agosto de 1936, a falta de otro papel, cuarenta religiosos claretianos escribieron en un envoltorio de chocolatina una hermosa carta colectiva de despedida, expresando su gozo por poder ofrecer su vida a Cristo, Rey de los Mártires. En la carta, firmada por cada uno de ellos con emocionantes ¡Vivas!, entre otras expresiones, podemos leer:

¡Viva Cristo Rey! Faustino Pérez, C.M.F.

¡Viva España católica! José M^a Ormo, C.M.F.

¡Viva el reinado social de Jesucristo obrero! Tomás Capdevila Miró, C.M.F.

¡Por Dios, luchar hasta morir! Miguel Massip, C.M.F.

¡Vivan los mártires! Luis Escalé, C.M.F.

Mi sangre, Jesús mío, por Dios y por las almas. Antolín M^a Calvo, C.M.F.

¡Viva el Corazón de Jesús! José M^a Amorós, C.M.F.

¡Viva Jesucristo Rey! Manuel Torras, C.M.F.

¡Viva Cataluña católica! Francisco M^a Roura, C.M.F.

¡Viva Cristo Rey! Eusebio Codina, C.M.F.

¡Vivan Cristo Rey y el Corazón de María! Eduardo Ripio, C.M.F.

¡Viva Dios! Nunca pensé ser digno de gracia tan singular. Francisco Castán, C.M.F.

Ofrezco mi sangre por la salvación de las almas. Javier Luis Bandrés, C.M.F.

¿Y qué ideal? Por ti, mi Reina, la sangre dar. Salvador Pigem, C.M.F.

¡Venga a nos el tu Reino! T. Ruiz de Larrinaga, C.M.F.

¡Viva el Corazón de María, mi Madre, y Cristo Rey, mi Redentor! Luis Masferrer, C.M.F.

¡Viva la Congregación santa, perseguida y mártir! Vive inmortal, Congregación querida, y mien-



Mons. Juan Antonio Martínez Camino con el padre Santiago Cantera y Mn. Jorge López Teulón en la conferencia de D^a Belén Carreras

tras tengas en las cárceles hijos como los que tienes en Barbastro, no dudes de que tus destinos son eternos. ¡Quisiera haber luchado entre tus filas! Faustino Pérez, C.M.F.

Los congresistas se trasladaron luego al salón de actos del actual colegio de los escolapios desde donde fueron conducidos al martirio los beatos Florentino Asensio, obispo de Barbastro, los beatos mártires claretianos, los beatos mártires benedictinos, y el grupo de escolapios que espera ser beatificado, en cuya iglesia finalizó la primera jornada con la celebración de la Santa Misa. Desde Colombia, el obispo de Barbastro, Monseñor Ángel Pérez Pueyo se interesó por el buen desarrollo de las jornadas.

En la mañana del día 15 el profesor de la Universidad San Pablo-CEU de Madrid, don José Luis Orella Martínez expuso la ponencia «La persecución religiosa en México y sus similitudes con la de la república española.»

A continuación el padre Vicente Pecharromán C.M.F, ex postulador general de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, disertó sobre el mártir mejicano padre Andrés Solá.

D^a Belén Carreras Maya, misionera idente, directora de la Pastoral Gitana de la Conferencia Episcopal Española, desarrolló luego la ponencia en torno a «lo que dijo el papa Francisco a los gitanos» en la peregrinación a Roma en octubre de 2015, a la que acudieron cuatrocientos gitanos españoles.

Recordó como el papa Francisco les repitió las palabras que les dirigió el beato Pablo VI en un encuentro histórico de Pomezia: «Vosotros estáis en el corazón de la Iglesia», y les animó a seguir el ejemplo del beato Ceferino Giménez Malla.

El canónigo don José María Garanto, párroco de San Francisco de Asís de Barbastro, habló de la asi-

dua presencia del beato Ceferino en sus celebraciones parroquiales.

Monseñor Juan Antonio Martínez Camino, obispo auxiliar de Madrid, presidió la Santa Misa en la capilla de los mártires.

Pasaron luego los congresistas a la capilla de los Beatos Mártires, sobre la cripta en que reposan sus venerados restos, donde Mons. Martínez Camino presidió la celebración de la santa misa de la fiesta de santa Teresa de Jesús.

Comenzó el Prelado su homilía recordando la fracasada intentona de la santa, cuando a los 7 años convenció a su hermano Rodrigo para que se fugase de casa con ella y fueran a tierra de moros, buscando el martirio, suceso que narra en su *Libro de la vida*, libro que Edith Stein pasó toda una noche leyendo en casa de una amiga a la que había ido a cuidar a los niños, hasta terminarlo, diciéndose: «Ésta es la verdad», lo que motivó la conversión de la que hoy conocemos como santa Teresa Benedicta de la Cruz.

Citó luego a Martin Steffens, profesor de Filosofía en la Tour de Metz, que este año ganó el *Prix 2016 de littérature religieuse del Sindicato de librerías de Literatura religiosa* (SLLR) con su libro *Rien que l'amour. Repères pour le martyre qui vient* (Nada más que amor. Referencias para el martirio que viene), del que Mons. Martínez Camino explicó como «el verdadero sentido que ofrece la Iglesia al mundo consiste precisamente en el poder divino de sacar vida de la muerte, y amor del odio, como se realiza en la sangre del Hijo eterno de Dios. La sangre de los mártires realiza en cada generación ese mismo poder divino en unión con la sangre de Cristo».

Abrió la sesión de tarde el claretiano padre José Beruete, director del Museo de los Mártires con su ponencia «Iconografía de la realeza de Jesucristo» en

que proyectó y comentó distintas imágenes de la realeza del Corazón de Jesús y de sus principales monumentos, como muestra de la arraigada convicción en el alma del pueblo de que Jesucristo es Rey que debe reinar por amor, especialmente en nuestra España, como prometió al beato Bernardo de Hoyos.

Seguidamente el padre Jorge M. Ayala, C.M.F., profesor de la Universidad de Zaragoza, desarrolló su ponencia «La Cristiada en las publicaciones católicas españolas», al hilo de lo publicado en *Razón y Fe* y otras revistas jesuíticas de la época, concluyendo en que los “acuerdos” que dieron fin a la contienda, aunque no a la muerte de los cristeros que entregaron sus armas, fueron un mal, que el ponente estimó menor.

Doña Ana Toquero Mateo, profesora en Barbastro y Secretaria Técnica de las Jornadas, presentó al conferenciante don Antonio de los Bueis Güemes, docente en el Instituto Santa Clara de Santander, quien transmitió su profundo celo martirial exponiendo el tema: «Testigos de Jesucristo en Santander» ilustrado con impactantes fotos de su martirio, fusilados en los montes, y de su lanzamiento maniatados al mar desde los acantilados.

Orígenes de ¡Viva Cristo Rey!

EL broche que cerró brillantemente esta segunda jornada martirial fue la conferencia «Orígenes de ¡Viva Cristo Rey!» impartida por el Rvdo. D. Jorge López Teulón, postulador de la causa de la provincia eclesiástica de Toledo, que integra los mártires de las diócesis de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Sigüenza-Guadalajara y Toledo, a la que se unen las causas de la diócesis de Ávila y las de varias familias religiosas: los franciscanos, los agustinos, la Compañía de Jesús, las adoratrices, las teresianas de san Enrique de Ossó y las franciscanas de la Purísima Concepción, macrocausa de 465 mártires de la persecución española a la que Roma acaba de dar el visto bueno. Recordó el ponente como la realeza de Cristo, anunciada reiteradamente por los profetas y testimoniada por el mismo Jesús ante Pilatos, fue revelada expresamente por el Corazón de Jesús a Santa Margarita María en el siglo xvii, asegurándole categóricamente que iba a reinar en nuestro mundo: «Nada temas; yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse». —a lo que su mensajera añade— «Me consolaron mucho estas

palabras, porque sólo deseaba verle reinar.» (De la autobiografía de santa Margarita María.)

Refirió luego como la campaña de colocar sus placas en las puertas de las casas, emprendida a primeros del siglo xx en España por el padre Tarín, S.J., proviene del ruego de santa Margarita María, que en carta a la madre Saumaise el 2 de marzo de 1686, le dice: «Él (Jesús) desea que usted mande hacer unas placas de cobre con la imagen de su Sagrado Corazón para que todos aquellos que quisieran ofrecerle un homenaje las pongan en sus casas» (*Vida y obras*, vol. II, p. 306, nota).

Expuso después como el 6 de enero de 1914, fiesta de la Epifanía del Señor, los obispos consagraron Méjico a Cristo Rey, y pidieron al papa san Pío X su beneplácito para ornamentar las imágenes del Sagrado Corazón colocando en su cabeza la corona y en sus manos el cetro, insignias de la humana realeza, con el propósito de reconocer y proclamar a Jesucristo Rey de México y del mundo.

En la mañana del domingo 16 de octubre tuvo lugar la presentación del II tomo de la obra del director de las Jornadas D. Martín Ibarra Benlloch, «Diccionario de la diócesis de Barbastro-Monzón. Tomo II. Las parroquias de las diócesis de Lérida, Urgel y Huesca, hoy de Barbastro-Monzón, en 1931-1936.»

Siguió el visionado de los cortometrajes martiriales seleccionados en su tercer certamen, presentado por el economista auditor de Madrid. D. Jorge Pueyo Sichar, sobrino de dos católicos martirizados en Barbastro. En él obtuvo el primer premio don Antonio Ubiergo con un corto sobre El Pelé, y el tercero fue concedido al realizado por Carlos Bellmont sobre el martirio del joven sevillano Antonio Molle Lazo, quien, al quedar rezagado de su unidad por salvar a unas religiosas en Peñaflor, Córdoba, fue hecho prisionero, y aceptó los tormentos y la muerte vitoreando a Cristo Rey, antes que la libertad que se le ofrecía al precio de renegar de su fe. Este premio le era otorgado precisamente el día en que era canonizado en Roma su émulo san Joselito Sánchez del Río, quien, como él ocho años antes, murió martirizado por no blasfemar, expresando su fe y su sobrenatural esperanza con el último grito de ¡Viva Cristo Rey!

Finalizaron las jornadas con la celebración de la santa misa en la iglesia catedral de Barbastro, donde reposan los restos de muchos de los mártires de esta diócesis, entre ellos el de su obispo mártir beato Florentino Asensio Barroso.



Tu misericordia, «de generación en generación»

Antiguo Testamento (IX): la gran misericordia: el siervo de Yahvé y la gloria de la nueva Sión

EL poema del siervo de Yahvé nos expone la gran misericordia que Dios ha tenido con todos los hombres que no dudó en entregar a una muerte cruenta a su amado Hijo para poder recuperar a sus hijos adoptivos.

«He aquí mi siervo, él triunfará: será exaltado y elevado a una altura muy grande. Como muchos quedaron horrorizados a causa de él, porque estaba tan desfigurado que su aspecto no era el de un hombre y su apariencia no era ya la de un ser humano, así también él asombrará a muchas naciones, y ante él los reyes cerrarán la boca, porque verán lo que nunca se les había contado y comprenderán algo que nunca habían oído. / ¿Quién creyó lo que nosotros hemos oído y a quién se le reveló el brazo del Señor? / El creció como un retoño en su presencia, como una raíz que brota de una tierra árida, sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos. / Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada. / Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. / Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades. El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados. / Todos andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, y el Señor hizo recaer sobre él las iniquidades de todos nosotros. / Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca. / Fue detenido y juzgado injustamente, y ¿quién se preocupó de su suerte? Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes y golpeado por las rebeldías de mi pueblo. / Se le dio un sepulcro con los malhechores y una tumba con los impíos, aunque no había cometido violencia ni había engaño en su boca. / El Señor quiso aplastarlo con el sufrimiento. Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor se cumplirá por medio de él. / A causa de tantas fatigas, él verá la luz y, al saberlo, quedará saciado. Mi Servidor justo justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos. / Por eso le daré una parte entre los grandes y él repartirá el botín junto con los poderosos. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los culpables, siendo así que llevaba el pecado de muchos e

intercedía en favor de los culpables. Y este es el premio que nos espera a nosotros, los hombres pecadores, por la gran misericordia de Dios:

¡Grita de alegría, estéril, tú que no has dado a luz; prorrumpe en gritos de alegría, aclama, tú que no has conocido los dolores del parto! Porque los hijos de la mujer desamparada, son más numerosos que los de la desposada, dice el Señor. / ¡Ensancha el espacio de tu carpa, despliega tus lonas sin mezquinar, alarga tus cuerdas, afirma tus estacas! / Porque te expandirás a derecha y a izquierda, tu descendencia poseerá naciones enteras y poblará ciudades desoladas. / No temas, porque no te avergonzarás: no te sonrojes, porque no serás confundida: olvidarás la ignominia de tu adolescencia y no te acordarás del oprobio de tu viudez. / Porque tu esposo es aquel que te hizo: su nombre es Señor de los ejércitos; tu redentor es el Santo de Israel: Él se llama «Dios de toda la tierra». / Sí, como a una esposa abandonada y afligida te ha llamado el Señor: «¿Acaso se puede despreciar a la esposa de la juventud?». Dice el Señor. / Por un breve instante te dejé abandonada, pero con gran ternura te uniré conmigo. / en un arrebató de indignación, te oculté mi rostro por un instante, pero me compadecí de ti con amor eterno, dice tu redentor, el Señor. / Me sucederá como en los días de Noé, cuando juré que las aguas de Noé no inundarían de nuevo la tierra: así he jurado no irritarme más contra ti ni amenazarte nunca más. / Aunque se aparten las montañas y vacilen las colinas, mi amor no se apartará de ti, mi alianza de paz no vacilará, dice el Señor, que se compadeció de ti. / ¡Oprimida, atormentada, sin consuelo! ¡Mira! Por piedras, te pondré turquesas y por cimientos, zafiros; haré tus almenas de rubíes, tus puertas de cristal y todo tu contorno de piedras preciosas. / Todos tus hijos serán discípulos del Señor, y será grande la paz de tus hijos. / Estarás afianzada en la justicia, lejos de la opresión, porque nada temerás, lejos del temor, porque no te alcanzará. / Si alguien te ataca, no será de parte mía, el que te ataque, caerá a causa de ti. / Yo he creado al herrero que sopla las brasas y extrae una herramienta para su obra; yo he creado también al destructor para arrasar. / Ninguna herramienta forjada contra ti resultará eficaz, y tú desmentirás a toda lengua que se alce para juzgarte. Esta es la herencia de los servidores del Señor, ésta es la victoria que yo les aseguro —oráculo del Señor—».



Tu misericordia, «de generación en generación»

«La pecadora perdonada» (Lc 7, 36-50)

En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él contestó: «Dímelo, Maestro». «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Y Él le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados». Los demás convidados empezaron a decir entre ellos: «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?». Pero Él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».

Homilías sobre la pecadora

EL amor de Dios sale al encuentro de los pecadores, es proclamado a nosotros por una mujer pecadora. Pues llamando a ella, es a toda nuestra raza a quien Cristo invita al amor; y en su persona, son todos los pecadores los que atrae a su perdón. Él habla a ella sola; pero Él convida a su gracia a la creación entera...

¿Qué no será tocado por la misericordia de Cristo, Él que, por salvar a una pecadora, acepta la invitación de un fariseo? A causa de ésta, hambrienta de perdón, Él mismo quiere tener hambre en la mesa de Simón el fariseo, entonces, bajo la apariencia de una mesa de pan, Él había preparado a la pecadora una mesa de arrepentimiento... A fin de que sea así por ti, toma conciencia que tu pecado es grande, pero desesperar de tu perdón cuando tu pecado te parece muy grande, es blasfemar contra Dios y hacerte daño a ti mismo. Pues si Él ha prometido perdonar tus pecados sea cual sea su nombre, ¿vas tú a decirle que no puedes creer y declararle: «Mi pecado es muy grande para que tú lo perdones. Tú no puedes curarme de mis males»? Allí, párate y grita con el profeta: «Yo he pecado contra ti, Señor» (Sal 50,6). Inmediatamente te responderá: «Yo he pasado por encima de tu falta, no morirás». A Él la gloria por todos nosotros, en los siglos. (Autor anónimo de Siria, *Homilía sobre la pecadora*).

Convertirse es descubrir la misericordia de Dios

PRECISAMENTE porque existe el pecado en el mundo, al que «Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito», (Jn 3,16) Dios que «es amor» (Jn 4,8) no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia. Ésta corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal... Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno (Cf 1Cor 13,4) a medida del Creador y Padre: el amor, al que «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Cf 2Cor 1,3) es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia (Ef 2,4).

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo «ven» así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. (Juan Pablo II, carta encíclica *Dives in misericordia* n.13)



Santuarios dedicados a la divina Misericordia

El hogar de la divina Misericordia, santuario de Cracovia-Lagiewniki

GLORIA MORELLÓ

*«Deseo que esta imagen sea venerada primero
en su capilla y en el mundo entero» (Diario, 47)*

POLONIA es un país situado en la Europa central, es rico en belleza y además en santos que han llenado de luz a la Iglesia. Es por eso, que al ser una tierra muy devota tiene gran cantidad de santuarios sobre todo dedicados a la Virgen tales como la Virgen Negra de Częstochowa o el santuario de Kalwaria Zebrzydowska. Sin embargo, entre todos estos santuarios tan visitados comienza a destacar uno de más reciente construcción, el santuario de la Divina Misericordia de Lagiewniki en Cracovia. Éste es el centro de propagación por excelencia de la Misericordia Divina que recibió santa Faustina Kowalska de los propios labios del Señor.

Sin duda, últimamente se ha convertido en uno de los santuarios que más atrae los corazones, no sólo del pueblo polaco sino de incontables fieles que desean rezar ante la tumba de esta gran santa y venerar el cuadro que Jesús pidió a santa Faustina que fuera pintado.

Dios misericordioso se encuentra en todas partes, se le puede rezar en todos los lugares. Sin embargo, ¿cómo es que cada año acuden a este santuario tantísimos peregrinos de todas partes del mundo? Con palabras del papa san Juan Pablo II: «Aunque cada tiempo y todo el mundo pueden considerarse su templo (templo de Dios), existen tiempos y lugares que Dios elige para que en ellos los hombres experimenten de modo especial su presencia y su gracia. Y la gente, impulsada por el sentido de la fe, acude a estos lugares, segura de ponerse verdaderamente delante de Dios, presente en ellos. Con este mismo espíritu de fe he venido a Lagiewniki, para dedicar este nuevo templo, convencido de que es un lugar especial elegido por Dios para derramar la gracia de su misericordia.»

La singularidad de este templo se fundamenta en la imagen de la Divina Misericordia y las reliquias del cuerpo de santa Faustina. Antiguamente, el convento de Lagiewniki era una de las casas de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, construido a mediados del

siglo XIX. Aquí las hermanas rezaban, trabajaban y adoraban a Dios día tras día. La Congregación atendía a niñas y a mujeres en dificultades y tenían para ellas en este convento talleres de bordado, textiles y de encuadernación; había una lavandería, un jardín y una granja con un molino. Pero cuando santa Faustina se unió a la congregación, este convento se convirtió en un lugar especial por las obras que el Señor se dignó realizar. Sor Faustina pasó aquí su postulanteo y noviciado, también hizo sus primeros votos y la profesión perpetua y vivió los últimos cinco años de vida. Este convento fue testigo de las revelaciones sobre la Divina Misericordia para el mundo de hoy. Jesús escogió a esta monja y a este lugar para mostrar de manera especial su presencia y su misericordia no solamente a Cracovia sino a todos los lugares del mundo.

Los edificios de las últimas dos décadas son la parte más nueva del santuario de la Divina Misericordia. Witold Cęckiewicz, arquitecto de la misma Cracovia, es autor del proyecto principal. La basílica se levantó entre 1999 y 2002. Es una construcción de dos niveles cuya forma elipsoide se asemeja a un buque. Tiene capacidad para cinco mil personas. La idea del proyecto del templo se hace eco de los rayos que se desprenden del corazón de Jesús Misericordioso, cuya imagen se encuentra en el centro del presbiterio. A este santuario se acercan gran cantidad de personas que se han quedado cautivadas por el *Diario* de la Santa, otras vienen porque les ha conmovido el testimonio de alguien que ha recibido una gracia especial en este lugar, otros movidos por la esperanza en la intervención milagrosa de Dios en sus vidas. Hay muchas razones pero detrás de cada una de ellas está Jesús misericordioso atrayéndolas.

Esta imagen que ha tenido una difusión espectacular por el mundo entero; qué país hay que teniendo una mínima presencia católica no tenga colgada en alguna capilla, iglesia o casa particular la imagen de Jesús de pie, con la mano derecha bendiciendo y con la mano izquierda en su costado de donde brotan dos rayos.



Capilla con la imagen de Jesús misericordioso y la tumba de santa Faustina

Fue el mismo Señor el que insistía una y otra vez a la Santa que mandase pintar esta imagen prometiéndole que un gran número de almas se salvarían por este medio (*Diario* 1299) y que si descuidaba la imagen y la fiesta que el Señor pedía que respondería por muchas almas en el momento del juicio (*Diario* 154). Además la imagen está unida a incontables gracias, pues Jesús dijo: «Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte. Yo mismo la defenderé como mi gloria» (*Diario* 48). Y puesto que se cumplen sus promesas, se obran milagros por todo el mundo.

Al entrar en el santuario, todo empieza al encontrarse con los ojos de Jesús Misericordioso, su mirada en este cuadro es especial. Jesús mismo le dijo a santa Faustina «Mi mirada en esta imagen es igual a la mirada en la cruz» y el papa Francisco añade a los jóvenes en la JMJ de Cracovia: «No tengan miedo de contemplar sus ojos llenos de amor infinito hacia ustedes y déjense tocar por su mirada misericordiosa, dispuesta a perdonar cada uno de sus pecados». Además, Jesús se encuentra en una postura de bendición. La mano derecha está en alto con la cicatriz de los clavos visible. Condenado a muerte por los hombres, alza su mano no para amenazarnos sino para bendecirnos y hacer derramar sus gracias. Se

trata de la misma actitud que Jesús enseñó también a la Santa: «Después de sufrir un disgusto, piensa qué cosa buena podrías hacer para la persona que te ha hecho sufrir» (*Diario*, 1760). Su mano izquierda sobre el Corazón traspasado indica que no quiere castigar a la humanidad doliente sino sanarla y abrazarla a su Corazón misericordioso. El rayo pálido simboliza el agua que justifica a las almas y el rojo, la sangre que es la vida de las almas. Los pies heridos por los clavos no dejan de buscar a las almas; Él es el primero en acercarse a nosotros como el padre misericordioso de la parábola bíblica. Y finalmente, la firma «Jesús, en ti confío» fue indicada claramente a santa Faustina por parte del Señor y son las palabras que abren el corazón del hombre a la Divina Misericordia.

Santa Faustina tuvo que sufrir grandes contradicciones y burlas para poder llevar a cabo la obra de Dios; sus hermanas de congregación no lo veían con buenos ojos y tuvo que padecer muchas críticas y juicios por conseguir pintar la imagen. De la imagen existen varias versiones. Pero la más famosa de ellas, la que está en el santuario a la derecha del presbiterio, es la del pintor Adolf Hyła. El padre Sopoćko, su director espiritual, fue quien le ayudó a encontrar quien le pintara la imagen «Más llevado por la curiosidad de saber cómo sería la imagen que por la fe en la autenticidad de las visiones de Sor Faustina, me propuse proceder para hacer pintar la imagen de Jesús Misericordioso» confesaba el mismo. Al verla acabada santa Faustina se llevó una decepción y le decía al Señor: «¿Quién te pintará tan bello como tú eres?» Como respuesta oyó estas palabras: «no en la belleza del color, ni en la del pincel, está la grandeza de esta imagen, sino en mi gracia» (*Diario* 313).

Finalmente la propia santa canta así a la imagen de la misericordia divina que se aloja en el santuario:

*Oh, Amor eterno, mandas pintar tu santa Imagen
Y nos revelas la fuente inconcebible de la
misericordia,*

*bendices a quien se acerca a tus rayos,
Y el alma negra se convierte en nieve.*

*Oh, dulce Jesús, aquí has establecido el trono de
tu misericordia*

*Para dar alegría y ayudar al pecador; de tu
Corazón abierto,*

*como de un manantial puro, fluye el consuelo para
el alma y el corazón contrito.*

*Que el honor y la gloria de esta imagen
no dejen de fluir de las almas de los hombres
Que cada corazón glorifique la Divina
Misericordia.*

*Ahora y por los siglos de los siglos y en cada hora.
Amén*



Sed misericordiosos

San Alfonso M^a Fusco: «El padre de los pobres»



Alfonso María Fusco

ALFONSO María Fusco, primogénito de cinco hijos, nació el 23 de marzo de 1839 en Angri, provincia de Salerno, diócesis de Nocera-Sarno, del matrimonio Aniello Fusco y Giuseppina Schiavone, ambos de origen campesino y educados desde el nacimiento en sanos principios de vida cristiana y el santo temor de Dios. Se casaron en la colegiata de San Juan Bautista el 31 de enero de 1834 y durante cuatro largos años la cuna preparada con tanto amor quedó desoladamente vacía.

en Pagani, a poca distancia de Angri, se conservan las reliquias de san Alfonso María de Ligorio. En el año 1838 Aniello y Giuseppina fueron a su tumba para rezar. En esa circunstancia oyeron decir al redentorista Francesco Saverio Pecorelli: «Tendrán un hijo varón, lo llamarán Alfonso, será sacerdote y seguirá la vida del beato Alfonso».

El niño demostró rápidamente un carácter suave, dulce, amable, amante de la oración y de los pobres. En la casa paterna tuvo profesores sacerdotes eruditos y santos que lo instruyeron y lo prepararon

para su primer encuentro con Jesús. A los siete años recibió la Primera Comunión y en seguida la Confirmación.

A los once años manifestó a sus padres el deseo de hacerse sacerdote y el 5 de noviembre de 1850 «espontáneamente y solamente con el deseo de servir a Dios y a la Iglesia», como él mismo declaró mucho tiempo después, entró en el Seminario Episcopal de Nocera de Pagani.

El 29 de mayo de 1863 fue ordenado sacerdote por el arzobispo de Salerno, Mons. Antonio Salomone, entre el regocijo de su familia y el entusiasmo del pueblo de Angri. Se distinguió bien pronto entre los sacerdotes de la colegiata de San Juan Bautista de Angri por su celo, por su dedicación al servicio litúrgico y por la diligencia en administrar los sacramentos, especialmente la confesión, donde mostraba toda su paternidad y comprensión por el penitente. Se dedicaba a la evangelización del pueblo con una predicación profunda, sencilla e incisiva.

La vida diaria de don Alfonso era la de un sacerdote diligente que llevaba en su corazón un viejo sueño. En los últimos días de seminario, una noche había soñado que Jesús nazareno le había pedido, apenas fuese ordenado sacerdote, fundar un instituto de religiosas y un orfanato para niños y niñas.

Fue el encuentro con Maddalena Caputo en Angri, una joven de carácter fuerte y decidido, que aspiraba a la vida religiosa, lo que empujó a don Alfonso a acelerar el tiempo para la fundación del Instituto. El 25 de septiembre, la señorita Caputo y otras tres jóvenes se retiraron al oscurecer, a una casa destartalada de Scarcella, en el distrito de Ardinghi en Angri. Las jóvenes querían dedicarse a su propia santificación, a través de una vida de unión con Dios, de pobreza y de caridad, y a través del cuidado e instrucción de los huérfanos pobres.

Así fue fundada la Congregación de las Hermanas Bautistas del Nazareno; la semilla cayó en buena tierra, en aquellos cuatro corazones ardientes y generosos y a través de privaciones, luchas, oposiciones, y pruebas el Señor la hizo desarrollar abundantemente. La Casa Scarcella fue conocida rápidamente como la Pequeña Casa de la Providencia.

Empezaron a llegar otras postulantes y las primeras huérfanas y, con ellas, las primeras dificultades. El

Señor, que hace sufrir mucho a quien ama mucho, no ahorró penas ni sufrimientos al Fundador y a sus hijas. Don Alfonso aceptó siempre las pruebas, a veces muy duras, manifestando una completa conformidad a la voluntad de Dios, una heroica obediencia a los superiores y una inmensa confianza en la Providencia.

La tentativa injusta del obispo diocesano, Mons. Saverio Vitagliano, de remover, por culpa de una serie de acusaciones falsas, a don Alfonso como director de la obra; la negativa a abrirle la puerta de la casa en Via Germanico a Roma, de parte de sus mismas hijas, causado por un deseo de división; las palabras del cardenal Respighi, Vicario de Roma: «Ha fundado una comunidad de hermanas competentes que han hecho su deber. ¡Ahora retírese!»; entre otros, fueron para él momentos de gran sufrimiento. Lo vieron rezar con un corazón angustiado, como Jesús en el huerto, en la capilla de la Casa Madre en Angri y en la iglesia de S. Joaquín en Prati (Roma).

Don Alfonso no dejó mucho escrito. Preferiría hablar con su testimonio de vida. Las breves frases, ricas de sabiduría evangélica, que se pueden sacar de sus escritos y de los testimonios de los que lo conocían, son rayos que iluminan su vida sencilla, su gran amor por la Eucaristía, por la pasión de Jesús y su filial devoción a la Virgen Dolorosa. Repetía frecuentemente a sus religiosas: «Hagámonos santos siguiendo a Jesús de cerca... Hijas, si viven en la pobreza, en la castidad y en la obediencia, resplandecerán como estrellas arriba en el Cielo».

Dirigía el Instituto con gran sabiduría y prudencia y, como padre amoroso, cuidaba sus religiosas y las huérfanas. Tenía una ternura casi maternal para todos, especialmente para las huérfanas más necesitadas; para ellas había siempre un lugar en la Pequeña Casa de la Providencia, aun cuando el alimento era escaso o simplemente faltaba. Entonces don Alfonso tranquilizaba a sus hijas preocupadas, diciendo: «No se preocupen, hijas mías, ahora voy a ver a Jesús y Él proveerá». Y Jesús respondía con rapidez y gran generosidad. ¡Para quien cree todo es posible!

En el tiempo en que la instrucción era un privilegio de pocos, negada para los pobres y las mujeres, don Alfonso no ahorraba ningún sacrificio con tal

de dar a los niños una vida tranquila, el estudio y la preparación necesarias para una ocupación digna, de manera que, una vez adultos, pudieran vivir como ciudadanos honrados y cristianos comprometidos. Quería también que sus religiosas empezaran pronto a estudiar, para estar preparadas para enseñar a los pobres y, a través de la instrucción y evangelización, preparar los caminos de Jesús, especialmente en los corazones de los niños y jóvenes.

Su voluntad tenaz, totalmente anclada en la divina Providencia, la colaboración sabia y prudente de Maddalena Caputo que, con el nombre de Sor Crocifissa, fue la primera superiora del naciente Instituto, el estímulo continuo por el amor de Dios y el prójimo, permitieron el desarrollo extraordinario de la obra en breve tiempo. Las muchas peticiones de asistencia para un número siempre mayor de huérfanos y de niños empujó a don Alfonso a abrir nuevas casas, primero en la región de la Campania y posteriormente en otras regiones de Italia.

El 5 de febrero de 1910 se sintió mal durante la noche. Pidió y recibió los sacramentos, y la mañana del domingo 6 febrero, después de haber bendecido, con brazo tembloroso, a sus hijas que lloraban alrededor de su cama, exclamó: «Señor, te doy gracias, he sido un siervo inútil». Después se volvió hacia las religiosas y dijo: «del Cielo no os olvidaré, rezaré siempre por vosotras». Y se quedó dormido tranquilamente en el Señor.

Rápidamente se difundió la noticia de su muerte, durante todo ese día se formó una fila de personas que lloraban diciendo: «¡Ha muerto el padre de los pobres, ha muerto el santo!».

Su testimonio ha sido una fuente de vida y de gracia en particular para las religiosas, hoy difundidas en cuatro continentes.

El 12 de febrero de 1976 el papa Pablo VI reconoció sus virtudes heroicas y el papa Juan Pablo II el 7 de octubre de 2001, proclamándolo beato, lo ofrece como ejemplo a los sacerdotes y lo indica a todos como modelo de educador y protector especialmente de los pobres y necesitados. (http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/ns_lit_doc_20011007_beat-alfonso-fusco_sp.html)





«*Gracias, Señor, por tus misericordias*»

La conversión de san Francisco de Asís

JOSÉ ÁLVARO SÁNCHEZ MOLA

La conversión de san Francisco de Asís

ESTE santo, nacido a finales del siglo XII en Asís en plena Edad Media, es un referente a la hora de seguir con valentía y firmeza el impulso del Espíritu Santo frente a la tiranía del mundo, de la carne, de las seducciones del mal. Su figura es fresca y atrayente. La gracia de la conversión llegó a Francisco a través del prójimo más pobre y necesitado de su tiempo, los leprosos. Francisco se encontró con Dios y experimentó su amor.

Cuatro fueron las experiencias que marcaron su vida: el encuentro consigo mismo en la cárcel, en la enfermedad; el encuentro con los pobres y leprosos, con quienes se identificaba y servía; el encuentro con el Crucificado, a quien escucha y obedece; y el encuentro con la voluntad de Dios en el Evangelio.

El cambio de Francisco

FRANCISCO pasó una juventud olvidado de Dios, metido de lleno en el negocio de su padre, ambicioso de glorias y grandezas. Su temperamento era alegre, abierto, emprendedor, generoso, digno de ser admirado. A pesar de tenerlo todo, la vida no le sonrió. A los 21 años Francisco fue a la cárcel como prisionero, fruto de una batalla perdida cuando se alistó en el ejército. Estuvo allí durante meses cautivo en una mazmorra. Una vez salido de la cárcel se le declara una enfermedad larga de curar en los pulmones. Una vez curado, se vuelve a alistarse en el ejército de un conde, soñando en volver como caballero, lleno de honores y glorias. Ya de partida, en la primera noche, tiene un sueño que le afecta profundamente, en el cual escucha que se le dice «Francisco, ¿quién te va a pagar mejor, el amo o el siervo? Pues el amo. Y entonces ¿a quién vas a servir? Vuelve a Asís y ahí se te dirá lo que has de hacer».

Conmovido por este sueño y fruto de sus largos momentos de silencio en la cárcel, Francisco se decide por abandonar la empresa de su padre y sus sueños de grandeza y gloria, tomando una fuerte decisión dentro de su corazón y de su ser. Se produce en él un intento por cambiar de rumbo en la vida. Lleva la certeza interior de aquella voz que

le dirá lo que ha de hacer. Como que sin quererlo, esta situación le lleva a orar, para pedir a Dios su intervención. Francisco va cambiando poco a poco, ya no es el mismo, le gusta desaparecer y retirarse en oración, pidiendo luz a Dios. Una oración de Francisco dice «glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón, dame fe recta». Su temperamento no cambia, volviéndose más dadivoso con los pobres, ya que unos años antes se hizo la promesa de nunca más negar la limosna a un pobre que se la pidiera.

Aunque estuviera dispuesto a ayudar a los pobres, Francisco no podía soportar a los leprosos. El mismo santo narra: «Cuando yo andaba en pecado, yo no podía ver un leproso, pero el Señor me llevó donde ellos, usé misericordia con ellos, y sentí una felicidad inmensa, y recalco: el Señor me llevó entre ellos». Tanto es así que cuando se acercaba a un leproso, le abrazaba y le curaba las heridas. El Señor recompensaba este esfuerzo, colmándole de una felicidad inmensa, y acabó haciéndose amigo de ellos, visitando leprosorios en cualquier ciudad en que le tocara pasar. Francisco dice que fruto de su convivencia con los leprosos, y saliendo de los pecados, gozó de una dulzura espiritual en el alma y en el cuerpo.

Comienza su conversión

EL encuentro con los leprosos produjo algo especial en él, rompiendo el rechazo a los caídos y a los que sufren, poniéndose a atenderles. Aumenta su sensibilidad ante las necesidades de los hombres. Ve ahí a Cristo. Se da cuenta de que el señorío de Cristo es distinto del señorío feudal mundano.

Un día, tomó una gran cantidad de dinero y se dirigió al hospital de leprosos. Reuniéndolos a todos, dio la limosna a cada uno de ellos al tiempo que les besaba la mano. Así es como se muestra Francisco, rechazando la sociedad urbana de la época, que omitía a una gran cantidad de marginados como enfermos y pobres.

Otro día, pasando cerca de Asís, entró en la capilla de San Damián, y arrodillado ante la imagen de Cristo, suplicó «Señor, ¿qué quieres que haga?», a lo que Él contestó «Francisco, repara mi Iglesia,



Francisco ofrece su capa a un pobre. Giotto (s. XIV)

que se derrumba». Y, pensando en que se trataba de recomponer la capilla, empezó a coger piedras y a trabajar.

El santo vendió su caballo y muchos de los bienes de la empresa en la que trabajaba con su padre para pagar la reconstrucción de la capilla y dar limosna. Así fue como poco a poco, el padre de Francisco empezó a rechazarle porque no entendía su comportamiento. Empezó a maltratarlo exigiéndole la devolución de sus bienes. Francisco, entonces, dio todo lo que tenía a su padre y empezó una vida de ermitaño, cuidando a los leprosos y pidiendo limosna para reconstruir la capilla.

En el Evangelio descubre su vocación

ESTANDO en misa un día, se leyó el evangelio de envío de los discípulos a predicar. Como no entendió las palabras evangélicas a la perfección, una vez acabada la misa pidió al sacerdote que se las explicara. Al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro ni dinero para el camino, ni bastón ni calzado sino predicar el Reino de Dios y la penitencia, el santo exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica».

Tomando una túnica y una cuerda, se puso a predicar por los pueblos cercanos y a ayudar a los enfermos, en una absoluta sencillez que dejaba abrumados a todos. Él mismo dice que: «El Señor me

dio hermanos». Algunos, convencidos de la santidad de Francisco, le confesaban su deseo de seguirle en su modo de vida. Así, se formó una pequeña comunidad de «hombres penitentes», que se guiaban por el Evangelio tomando una vida itinerante, pobre y comunitaria, y que hacían también referencia a los apóstoles predicando de dos en dos.

Francisco comprendió que no debía vivir como los monjes, encerrados en un monasterio, sino según el Evangelio, abiertos al mundo, libres de toda preocupación, alegres y ricos en la pobreza, amándose entrañablemente los unos a los otros, constantes y fervientes en la oración y la devoción. Cuando encontraban alguna iglesia o cruz, se inclinaban para orar diciendo «Te adoramos, Cristo, y te bendecimos por todas las iglesias que hay en el mundo entero, porque por tu cruz has redimido al mundo».

Cuando el grupo sumó doce, Francisco quiso dirigirse al Papa para informarle de su género de vida y recibir su aceptación para continuar en él. El papa Inocencio III, en un primer momento, puso algunas objeciones al santo. Francisco se puso a orar como le indicó el Papa, y en este contexto tuvo lugar la visión de Inocencio III sobre el derrumbamiento de la iglesia de San Juan de Letrán y de un hombre que la sostenía en sus espaldas. Así fue como el Papa comprendió el apoyo que el nuevo movimiento había de prestar a la Iglesia, y concedió al santo lo que pedía, abrazándolo y aprobando la Regla que había escrito.

Más adelante, gracias a algunas gestiones con el obispo de Asís y los canónigos, se le donó una gran iglesia, la de Santa María de los Ángeles, como centro de la futura actividad de su movimiento. Este iba a ser el lugar del nacimiento de la orden, donde Francisco y sus compañeros descubrieron el amor y el espíritu del Evangelio, su forma de vida, lugar de oración, devoción, ejemplo de pobreza, lugar de vida y de la muerte del Santo, donde obtuvo el perdón para los pecadores.

Adhesión total al Cristo del Evangelio y a su Iglesia

EN uno de sus testamentos, Francisco declara que: «hemos de recurrir al Señor como al pastor y guardián de nuestras almas, y atenernos firmemente a sus palabras, vida y doctrina, y a su santo Evangelio». El santo recordaba que la adhesión total a Cristo pasa necesariamente por la adhesión total a su Iglesia: «sólo estando siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, podremos mantenernos firmes en la fe católica y en el afecto a la persona de Cristo Jesús».



Los santos nos hablan de la misericordia

Nuestro Señor a santa Faustina Kowalska: «Proclama al mundo entero mi misericordia insondable»

1142. Hoy es la fiesta solemne del sacratísimo Corazón de Jesús. Durante la santa misa conocí el Corazón de Jesús: el fuego con que arde hacia nosotros y que es un mar de misericordia.

Entonces oí una voz: apóstol de mi misericordia, proclama al mundo entero mi misericordia insondable, no te desanimes por los obstáculos que encuentres proclamando mi misericordia. Estas dificultades que te hieren tan dolorosamente son necesarias para tu santificación y para demostrar que esta obra es mía. Hija mía, sé diligente en apuntar cada frase que te digo sobre mi misericordia porque están destinadas para un gran número de almas que sacarán provecho de ellas.

1146. Que los más grandes pecadores [pongan] su confianza en mi misericordia. Ellos más que nadie tienen derecho a confiar en el abismo de mi misericordia. Hija mía, escribe sobre mi misericordia para las almas afligidas. Me deleitan las almas que recurren a mi misericordia. A estas almas les concedo gracias por encima de lo que piden. No puedo castigar aún al pecador más grande si él suplica mi compasión, sino que lo justifico en mi insondable e impenetrable misericordia. Escribe: Antes de venir como juez justo abro de par en par la puerta de mi misericordia. Quien no quiere pasar por la puerta de mi misericordia, tiene que pasar por la de mi justicia...

1182. Hoy el Señor me dijo: Hija mía, deleite y complacencia mía, nada me detendrá en concederte gracias. Tu miseria no es un obstáculo para mi misericordia. Hija mía, escribe que cuanto más grande es la miseria de un alma tanto más grande es el derecho que tiene a mi misericordia e [invita] a todas las almas a confiar en el inconcebible abismo de mi misericordia, porque deseo salvarlas a todas. En la cruz, la fuente de

mi misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna.

1190. De todas mis llagas, como de arroyos, fluye la misericordia para las almas, pero la herida de mi Corazón es la fuente de la misericordia sin límites, de esta fuente brotan todas las gracias para las almas. Me queman las llamas de compasión, deseo derramarlas sobre las almas de los hombres. Habla al mundo entero de mi misericordia.



1273. Jesús: Hija mía, ¿crees, quizá, que hayas escrito suficiente sobre mi misericordia? Lo que has escrito es apenas una gotita frente a un océano. Yo soy el amor y la Misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia, ni la miseria la agota, ya que desde el momento en que se da [mi misericordia] aumenta. El alma que confía en mi misericordia es la más feliz porque yo mismo tengo cuidado de ella.

1275. Secretaria mía, escribe que soy más generoso para los pecadores que para los justos. Por ellos he bajado a la tierra... Por ellos he derramado mi sangre; que no tengan miedo de acercarse a mí, son los que más necesitan mi misericordia.

965. Las almas mueren a pesar de mi amarga pasión. Les ofrezco la última tabla de salvación, es decir, la fiesta de mi misericordia. Si no adoran mi misericordia, morirán para siempre.

Secretaria de mi misericordia, escribe, habla a las almas de esta gran misericordia mía, porque está cercano el día terrible, el día de mi justicia.

Diario de santa Faustina Kowalska, Editorial de los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Stockbridge, Massachusetts, 2001



El papa Francisco y la misericordia

Jubileo de los presos

Homilía del papa Francisco

Domingo 6 de noviembre de 2016



Hoy celebramos el Jubileo de la Misericordia para vosotros y con vosotros, hermanos y hermanas reclusos. Y es con esta expresión de amor de Dios, la misericordia, que sentimos la necesidad de confrontarnos. Ciertamente, la falta de respeto por la ley conlleva la condena, y la privación de libertad es la forma más dura de descontar una pena, porque toca la persona en su núcleo más íntimo. Y todavía así, la esperanza no puede perderse. Una cosa es lo que merecemos por el mal que hicimos, y otra cosa distinta es el «respiro» de la esperanza, que no puede sofocarlo nada ni nadie. Nuestro corazón siempre espera el bien; se lo debemos a la misericordia con la que Dios nos sale al encuentro sin abandonarnos jamás (cf. san Agustín, sermón 254,1).

En la carta a los Romanos, el apóstol Pablo habla de Dios como del «Dios de la esperanza» (Rm 15,13). Es como si quisiera decirnos también a nosotros que también Dios espera; y por paradójico que pueda parecer, es así: Dios espera. Su misericordia no lo deja tranquilo. Es como el Padre de la parábola, que espera siempre el regreso del hijo que se ha equivocado (cf. Lc 15,11-32). No existe tregua ni reposo para Dios hasta que no ha encontrado la oveja descarriada (cf. Lc 15,5). Por tanto, si Dios espera, entonces la esperanza no se le puede quitar a nadie, porque es la fuerza para seguir adelante; la tensión hacia el futuro para transformar la vida; el estímulo para el mañana, de modo que el amor con el que, a pesar de todo, nos ama, pueda ser un nuevo camino... En definitiva, la esperanza es la prueba interior de la fuerza de la misericordia de Dios, que nos pide mirar hacia adelante y vencer la atracción hacia el mal y el pecado con la fe y la confianza en Él.

Queridos reclusos, es el día de vuestro Jubileo. Que hoy, ante el Señor, vuestra esperanza se encienda. El Jubileo, por su misma naturaleza, lleva consigo el anuncio de la liberación (cf. Lv 25,39-46). No depende de mí poderla conceder, pero suscitar el deseo de la verdadera libertad en cada uno de vosotros es una tarea a la que la Iglesia no puede renunciar. A veces, una cierta hipocresía lleva a ver sólo

en vosotros personas que se han equivocado, para las que el único camino es la cárcel. Os digo: cada vez que entro en una cárcel, me pregunto: «¿Por qué ellos y no yo?». Todos tenemos la posibilidad de equivocarnos: todos. De una manera u otra, nos hemos equivocado.

(...) Sabemos que ante Dios nadie puede considerarse justo (cf. Rm 2,1-11). Pero nadie puede vivir sin la certeza de encontrar el perdón. El ladrón arrepentido, crucificado junto a Jesús, lo ha acompañado en el Paraíso (cf. Lc 23,43). Ninguno de vosotros, por tanto, se encierre en el pasado. La historia pasada, aunque lo quisiéramos, no puede ser escrita de nuevo. Pero la historia que inicia hoy, y que mira al futuro, está todavía sin escribir, con la gracia de Dios y con vuestra responsabilidad personal. Aprendiendo de los errores del pasado, se puede abrir un nuevo capítulo de la vida. No caigamos en la tentación de pensar que no podemos ser perdonados. Ante cualquier cosa, pequeña o grande, que nos reproche el corazón, sólo debemos poner nuestra confianza en su misericordia, pues «Dios es mayor que nuestro corazón» (1Jn 3,20).

La fe, incluso si es pequeña como un grano de mostaza, es capaz de mover montañas (cf. Mt 17,20). Cuántas veces la fuerza de la fe ha permitido pronunciar la palabra perdón en condiciones humanamente imposibles. Personas que han padecido violencias o abusos en sí mismas o en sus seres queridos o en sus bienes. Sólo la fuerza de Dios, la misericordia, puede curar ciertas heridas. Y donde se responde a la violencia con el perdón, allí también el amor que derrota toda forma de mal puede conquistar el corazón de quien se ha equivocado. Y así, entre las víctimas y entre los culpables, Dios suscita auténticos testimonios y obreros de la misericordia.

Hoy veneramos a la Virgen María en esta imagen que la representa como una Madre que tiene en sus brazos a Jesús con una cadena rota, las cadenas de la esclavitud y de la prisión. Que ella dirija a cada uno de vosotros su mirada materna, haga surgir de vuestro corazón la fuerza de la esperanza para vivir una vida nueva y digna en plena libertad y en el servicio del prójimo.



Alepo: «¡No podemos más!»

JOSUÉ VILLALÓN

AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

SÁBADO por la noche en Alepo. La ciudad más castigada por la guerra civil de Siria no descansa por el ruido de las bombas y el estallido de los morteros. En medio del caos, la comunidad contemplativa de carmelitas está realizando el rezo de la liturgia. Su oración a Dios se eleva de nuevo para pedir la paz. De repente la lectura de los salmos es interrumpida por un estruendo atroz. Esta vez el ruido ha sido demasiado fuerte, demasiado cercano.

A la mañana siguiente las religiosas comprueban que lo que interrumpió sus rezos fue un misil de más de tres metros de altura que ahora asoma, medio enterrado, en el jardín de su casa, a escasos metros de la capilla. «¡Ha sido un milagro!», claman en seguida algunas hermanas. Al medio día llegan las fuerzas especiales para desarmar el proyectil, nadie se explica cómo no ha llegado a estallar. Hace pocos días atrás las carmelitas habían escrito a la fundación pontificia *Ayuda a la Iglesia Necesitada*: «No podemos más y pedimos incesantemente el fin de los combates en todas las zonas de la ciudad».

El ruido que sacudió a la comunidad del Carmelo de Alepo también llegó a los oídos de las religiosas de la familia del Instituto del Verbo Encarnado (IVE). La hermana Laudis, superiora, cuenta que estaban en la capilla participando de la misa presidida por el padre David Fernández, también de la comunidad del IVE. Justo cuando estaban realizando la consagración de la comunidad al Sagrado Corazón de Jesús, sintieron el impacto del misil. «Dios se sigue mostrando como un Padre bondadoso y por eso nunca dejamos de agradecerle», asegura la hermana Laudis.

Las carmelitas también denuncian la falta de información y objetividad en los medios de comunicación occidentales. Mientras se da a conocer los bombardeos sobre el oeste de la ciudad y las zonas controladas por los rebeldes, también los barrios del este —donde viven los pocos cristianos que quedan— están sufriendo los bombardeos de parte de grupos rebeldes y yihadistas.

Como ejemplo, cuentan que un sacerdote que va a celebrar la misa al Carmelo llegó llorando. Vive en Midan, un barrio sencillo que desde hace tres años es presa incesante de atentados. Desde hace una semana, este sacerdote no deja de enterrar a víctimas civiles. En otro barrio obrero, prácticamente musulmán en su totalidad, cerca del hospital de San Luis, regentado por

las hermanas de San José de la Aparición, los obuses han provocado una decena de muertos y más de setenta heridos. «Gracias por rezar por todo lo que vivimos en la oscuridad de nuestra vida oculta o por nuestro pobre testimonio de contemplativas en pleno corazón de la violencia y de la guerra, para que sea vivido en la humildad, la paz y la verdad», concluyen en su carta.

«No estamos nunca seguros»

SIRIA ha cambiado completamente en tan solo cinco años: de ser un país rico en el que había paz y donde la economía funcionaba muy bien, a volverse un lugar completamente destruido. Casi seis millones de personas —más que si sumáramos los habitantes de Madrid y Barcelona— han tenido que huir del país. Se calcula que los muertos ya ascienden a 400.000.

El padre Andrzej Halemba, director de proyectos en Oriente Medio de *Ayuda a la Iglesia Necesitada*, ha visitado Siria el pasado mes. Asegura que lo que más le ha impresionado es ver la destrucción en ciudades históricas como Damasco o Homs: «Las calles están sucias, la gente está pobremente vestida, los precios son muy elevados y hay mucha desconfianza». Todo el mundo está cansado de tantos años de guerra, los controles policiales son incesantes y la esperanza disminuye a cada bomba que vuelve a estallar.

«En Homs pasamos por una plaza donde unos días antes se había producido un ataque de Al Nusra. Los atacantes conducían un automóvil al centro de la ciudad e hicieron explotar una bomba en el punto de control. Murieron ellos mismos y seis soldados. Debido a ese terror, la gente está profundamente traumatizada. “No estamos nunca seguros”, dicen. Y esto hace realmente mella en ellos. También hay situaciones positivas: «la gente es muy agradecida, les da mucha fuerza el saber que la Iglesia está ayudándoles y muchas personas fuera de Siria se acuerdan de ellos», cuenta el padre Halemba, «en Marmarita me decían: padre, para nosotros es muy importante no sentirnos olvidados».

Desde el comienzo de la guerra en Siria, que estalló en 2011, *Ayuda a la Iglesia Necesitada* ha financiado proyectos humanitarios de emergencia y ayudas pastorales en el país por un importe superior a los trece millones de euros.



Pequeñas lecciones de historia

Celia y Luis (IX): la Virgen de la sonrisa

GERARDO MANRESA

EN 1734, el párroco de la iglesia de San Sulpicio de París encargó a un joven escultor, Edme Bouchardon, estatuas para su iglesia, una de ellas en plata, que debía ornar la capilla de la Virgen. Los parroquianos debían dar su plata, pues el sacerdote no aceptaba dinero sino cubiertos y utensilios de plata... De donde el nombre que se le dio a la estatua fue Ntra. Sra. de la Vieja Vajilla. La Revolución, ávida de este metal, la fundió. En 1832 el orfebre Choiselet hizo una réplica en plata según una estampa. La Sra. Felicité Beaudoin regaló una copia de esta imagen en yeso a Luis Martin. La Sra. Beaudoin conocía a Luis Martin por ser la presidenta de la obra de la Adoración del Stmo. Sacramento de la parroquia de San Leonardo y él un fiel adorador de la misma. Años antes, cuando Luis quiso instalar en Alençon su taller de relojería, la Sra. Beaudoin le financió la compra de la casa del 17, de la rue du Pont-Neuf.

Luis recibió la estatua de la Virgen con toda devoción y la instaló en el Pabellón, lugar donde se retiraba él para hacer oración.

Después de la boda con Celia, Luis trasladó la imagen de la Virgen hasta su casa y desde entonces presidió todos los actos de la familia. Es el punto de concentración espiritual y como el guión de la unión reinante. Ante ella rezan las oraciones de la noche y las de la mañana. Está ubicada en la habitación de las mayores. María, estimando que la imagen es demasiado grande y desproporcionada para la estrechez de la habitación, pide sustituirla por una más pequeña y fina; pero su madre le replica: *«Hija mía, cuando yo me muera, harás lo que quieras; pero mientras yo viva, esta imagen de la Virgen continuará aquí»*.

Al llegar el mes de mayo se coloca en el centro de un auténtico oratorio. Se pone alrededor de la imagen una cortina con hojas y flores cortadas de ramas de espinos blancos, que una mendiga, a cambio de una generosa limosna, va a cortar en plena campiña. Se colocan a los pies de la Virgen las luces y las canastillas. Nada se estima bastante hermoso. Celia quiere verla sobresalir por entre las corolas y los pétalos. Se recrea en su lozanía. María, en cuya habitación está la imagen y se ha erigido la capilla declara: *«Mi mes de María es tan hermoso que hace la competencia al de Ntra. Sra. Es toda una empresa el organizar el mes de María en la casa; es difícil contentar a mamá; ¡más aún que a la Stma. Virgen!»*

A menudo, durante el día, Celia se volvía hacia la imagen de la Virgen y le pedía cosas. Ella confiesa haber recibido favores que sólo ella conoce.

Tras la muerte de Celia, la familia se trasladó a Li-

sieux y la imagen, ¡cómo no!, se trasladó con ellos. En la nueva casa, la imagen continuó instalada en la habitación de las hijas mayores, María y Paulina.

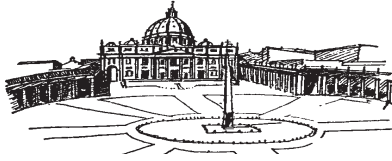
En octubre de 1882, Paulina ingresó en el Carmelo de Lisieux. Teresa, que la había escogido a la muerte de su madre como «su madrecita», quedó tan afectada que enfermó. Un dolor de cabeza, que al principio era intermitente acabó por ser continuo. Estuvo así hasta el mes de marzo de 1883, en que, mientras su padre Luis estaba de viaje en París con Paulina y Leonia, tuvo una aguda crisis acompañada de convulsiones, alucinaciones y palabras incoherentes, que dejaron a Teresa al borde de la muerte. Los médicos no acertaban en el diagnóstico y confesaban que la ciencia se veía impotente ante tales fenómenos. Al llegar el padre, Teresa lanzó un grito diciendo: *¡Oh, la gran bestia negra!* Luis quedó muy afectado por este recibimiento. Parecía que una fuerza oculta perseguía a la enferma en su misteriosa obsesión. Teresa dice en sus escritos que era cosa del demonio. Sólo un día tuvo una ligera mejoría: fue el día de la toma de hábito de Paulina a la que pudo asistir y verla tras las rejas del convento.

Luis Martin, que siempre tuvo mucha devoción a Ntra. Sra. de las Victorias, en los primeros días de mayo encargó un novenario de misas. Toda la familia acompañó con su fe y su esperanza este evento para solicitar un milagro de la Virgen.

Y el 13 de mayo, futura fiesta de la Virgen de Fátima, aún no aparecida, y fiesta de Pentecostés, la estatua de la Virgen a la que desde hacía veinticinco años la familia tributaba un verdadero culto, se animó y sonrió a la niña y le pareció *tan hermosa, que jamás había visto nada tan hermoso*. Y Teresa quedó curada. Desde entonces la estatua de la Virgen se llama, *la Virgen de la Sonrisa*.

La estatua siguió presidiendo la casa de los Buissonnets todo el tiempo durante el cual fueron alejándose las hijas para entrar en el Carmelo y también durante el tiempo que Luis Martin estuvo en el hospital del Bon Sauveur hasta que la familia abandonó los Buissonnets. Entonces la estatua fue, junto con Leonia y Celina, a su nueva vivienda, 7 rue Labbey, en el mismo Lisieux, junto a la familia Guérin, hasta la muerte de Luis Martin.

Cuando Celina entró en el Carmelo, en setiembre de 1894, un mes y medio después de la muerte de su padre, la imagen de la Virgen de la Sonrisa fue con ella y se colocó a la entrada de la celda de Teresa. En la *Historia de un alma*, en la primera página se lee: *«Antes de coger la pluma, yo me arrodillé delante de la estatua de María, y le supliqué que guiara mi mano a fin de que no escribiese ni una sola línea que no le fuese agradable»*.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Beatificados 4 mártires españoles y 38 albaneses

SAN Juan Pablo II, en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* como preparación del Jubileo del año 2000, afirmaba: «La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires. (...) Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires. (...) Es un testimonio que no hay que olvidar».

Por eso, si en el pasado número de la revista nos hacíamos eco en estas páginas de la beatificación de los cuatro mártires de Nembra (Asturias), este mes la Iglesia nos vuelve a proponer el testimonio de 4 monjes benedictinos martirizados en Madrid durante los primeros meses del año 1936 y de 38 mártires asesinados en Albania por su fidelidad a Dios durante el régimen comunista entre los años 1945 y 1974.

Los mártires benedictinos José Antón Gómez (1891-1936), Antolín Pablos Villanueva (1871-1936), Juan Rafael Mariano Alcocer Martínez (1889-1936) y Luis Vidaurrázaga Gonzáles (1901-1936), beatificados el pasado 29 de octubre en la catedral de la Almudena (Madrid) por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos. Los nuevos beatos, recordó monseñor Amato, «fueron fusilados en su patria a sangre fría, no por ser malhechores, sino por ser sacerdotes. ¿Cómo fue posible que hombres mansos e inocentes hayan sido brutalmente maltratados y asesinados? El clima sociopolítico de los años 30 se caracterizó por una manifestación de terror con la Iglesia, una persecución cruenta. Explotó el odio contra sacerdotes, religiosos y laicos. En aquel período hubo tinieblas sobre la tierra. El enemigo de Dios logró por breve tiempo bañar de sangre inocente esta tierra bendita. ¿Por qué la Iglesia reabre esta página de la historia? Porque quiere conservar la memoria de los justos, no de la injusticia que sufrieron; la memoria de una inmensa cantidad de fieles españoles que han sacrificado su vida para impedir la descristianización de España».

Pocos días después, el 5 de noviembre, el cardenal Amato beatificaba en la catedral de San Esteban de Shkodra (Albania) ante más de diez mil peregrinos a dos arzobispos, veintiún sacerdotes, siete franciscanos, tres jesuitas, cuatro laicos y un seminarista, pequeña muestra de los más de cien sacerdotes católicos que fueron ejecutados o murieron tras ser torturados en las cárceles comunistas hasta 1991 acusados de

ser «espías» del Vaticano. En 1946 el dictador Enver Hoxha estableció un gobierno estalinista, desatando la persecución religiosa en el país, persecución que fue en aumento especialmente a partir de 1967 en que, iniciada la «Revolución cultural china», abolió todas las prácticas religiosas, destruyendo o modificando el uso de iglesias y mezquitas. Dicha abolición fue sancionada por la Constitución de 1976, que declaró a Albania el primer país ateo del mundo, hasta que la caída de la dictadura comunista en 1991 permitió de nuevo la práctica religiosa en un país mayoritariamente musulmán en la actualidad. Se trata de «una página trágica de la historia europea» en la que los católicos albaneses ofrecieron un testimonio heroico en la confesión de su fe, alentados por el ejemplo de los mártires, muchos de los cuales murieron gritando «¡Viva Cristo Rey!, ¡viva Albania!, y ¡viva el Papa!», y de sus pastores, firmes en su negativa de separar la Iglesia en Albania de la Santa Sede de Roma, como les conminaba el tirano Enver Hoxha. «Cuando faltaban los sacerdotes —recordó el cardenal Amato— eran los padres los que bautizaban a los hijos, los instruían en la fe, bendecían los matrimonios. También la oración y el rezo del rosario se intensificaron. Se visitaban los museos sólo para contemplar el crucifijo y las imágenes sagradas; los niños se llamaban en la escuela por el nombre secular y en casa por el de bautismo». Su memoria «sirve para reforzar la invitación de Jesús a perdonar a los enemigos, a amarlos y a orar por los perseguidores».

El presidente Kuczynski consagra el Perú al Sagrado Corazón de Jesús

EL Concilio Vaticano II, en su declaración sobre la libertad religiosa, recordaba que «la autoridad civil, cuyo fin propio es velar por el bien común temporal, debe reconocer la vida religiosa de los ciudadanos y favorecerla». Este principio, cuya aplicación práctica puede ser muy diversa, no cabe duda que tiene un presupuesto básico en el reconocimiento y respeto por parte del poder público de la ley natural expresada en los diez Mandamientos. Sin embargo, desde que el laicismo se ha hecho dueño del escenario político, este deber del poder político lo vemos repetidamente silenciado, cuando no explícitamente negado.

Por ello no resulta sorprendente el silencio mediático

que se ha impuesto sobre el acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María llevado a cabo por el actual presidente peruano Pedro Pablo Kuczynski el pasado 21 de octubre en el marco del Desayuno Nacional de Oración organizado anualmente por los Pequeños Grupos de Oración y que este año ha girado en torno al tema de «La misericordia del amor de Dios».

«Yo, Pedro Pablo Kuczynski, Presidente de la República del Perú, con la autoridad que se me ha otorgado, hago un acto de consagración de mi persona, mi familia, aquí presente mi esposa, y la República del Perú al amor y protección de Dios Todopoderoso a través de la intercesión del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María. Pongo en sus manos amorosas mi gobierno con todos sus trabajadores y ciudadanos que están bajo mi responsabilidad. Ofrezco a Dios Todopoderoso mis pensamientos y decisiones como presidente para que los utilice para el bien de nuestro país y siempre estar consciente de los diez Mandamientos al gobernarlo. Le pido a Dios que, a través de la intercesión del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, escuche y acepte mi acto de consagración y cubra a nuestro país con su especial protección. Al hacer esta plegaria le pido a Dios perdón por todas las transgresiones que haya cometido en el pasado, todas las que se hayan hecho en el pasado de la República y por todas aquellas decisiones que se hayan tomado estando en contra de sus mandamientos y le pido su ayuda para cambiar todo lo que nos separa de Él. Yo, Pedro Pablo Kuczynski, como presidente de la República del Perú, declaro este juramento solemne ante Dios y los ciudadanos de nuestro país hoy, 21 de octubre de 2016».

Según explicó al día siguiente el cardenal Cipriani, arzobispo de Lima, se trata de una iniciativa absolutamente inesperada que debería ser noticia de primerísimo nivel por lo poco frecuente que es en el mundo que un gobernante exprese públicamente su deseo de conformar todos sus actos de gobierno con la voluntad de Dios. «Creo que lo más importante —afirmó el primado del Perú— es contemplar ese acto del Presidente y conocer el contenido y que cada uno lo reciba en su propio corazón, en su propia familia. Para mí es un motivo de enorme alegría que invoque a Dios para que nos bendiga, que invoque a Dios para que conduzca y guíe sus actos al frente del gobierno. Y pienso que junto a esta consagración tan bonita y tan profunda también viene, lógicamente, trabajo y esfuerzo. (...) Se está dirigiendo a un país que con mucha ilusión y agradecimiento acoge esta consagración que no tiene ninguna intencionalidad política ni es un desviar la atención. Es un acto puro y espontáneo, con una humildad ejemplar y con una rectitud que yo creo que no queda más que agrade-

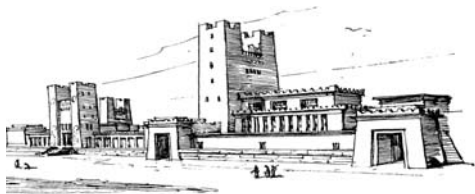
cerle y pedirle a Dios que reciba esa consagración y le ayude». Con el fin de dar la mayor difusión posible al acto y paliar el vacío informativo, el cardenal Cipriani pidió que se leyera el texto de la consagración en todas las misas dominicales.

Commemoración católico-luterana de la Reforma protestante

DENTRO de los actos que se están llevando a cabo con motivo de los quinientos años de la presentación en Wittenberg de las 95 tesis de Martín Lutero, el papa Francisco viajó a Suecia el pasado 31 de octubre y 1 de noviembre para participar en un encuentro ecuménico con la Federación Luterana Mundial con el fin de favorecer la unidad con estos «hermanos separados», según el deseo del mismo Jesús de que todos seamos uno (cf. Juan 17, 21).

Lejos de ser una celebración, el acto fue —más bien— un balance que cristalizó en la firma de una declaración conjunta: «Los cincuenta años de constante y fructuoso diálogo ecuménico entre católicos y luteranos nos ha ayudado a superar muchas diferencias y ha hecho más profunda nuestra mutua comprensión y confianza. Al mismo tiempo, nos hemos acercado más unos a otros a través del servicio al prójimo, a menudo en circunstancias de sufrimiento y persecución. A través del diálogo y el testimonio compartido, ya no somos extraños. Más bien, hemos aprendido que lo que nos une es más de lo que nos divide. (...) Al comprometernos de nuevo a pasar del conflicto a la comunión, lo hacemos como parte del único Cuerpo de Cristo, en el que estamos incorporados por el Bautismo. (...) Nosotros, católicos y luteranos, acercándonos en la fe a Cristo, rezando juntos, escuchándonos unos a otros, y viviendo el amor de Cristo en nuestras relaciones, nos abrimos al poder de Dios Trino. Fundados en Cristo y dando testimonio de Él, renovamos nuestra determinación para ser fieles heraldos del amor infinito de Dios para toda la humanidad».

Y es que, como recordaba el Santo Padre, la Iglesia, «madre amorosa de todos los hombres» (*Ecclesiam suam*, 1), «no puede resignarse a la división y separación» de sus hijos. Por eso el papa Francisco ha querido poner en práctica aquello a lo que nos urgía el Concilio Vaticano II: abrazar a los hermanos separados con fraterno respeto y amor, recordando los muchísimos bienes que Dios ha querido derramar sobre ellos para que, reconociendo el origen de dichos dones, retornen a la única Iglesia de Cristo a quien por derecho pertenecen (cf. *Unitatis redintegratio*, 3) y todos los pueblos puedan invocar al Señor con una sola voz y servirle como un solo hombre (*Nostra aetate*, 4).



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Sorpresa en Colombia: no al acuerdo de paz

EL resultado del referéndum sobre el acuerdo de paz en Colombia entre el gobierno de Santos y los narcoguerrilleros de las FARC pilló a casi todo el mundo con el paso cambiado. Contra los pronósticos de los sondeos, contra la marginación de las voces del «no» en los medios de comunicación y contra la potencia de foco del Gobierno, que llegó a organizar una ceremonia internacional en Cartagena de Indias para representar la firma del acuerdo, el 50,2% de los colombianos que acudieron a las urnas dijo no a los términos del acuerdo.

Lo pactado en La Habana, bajo el auspicio de la dictadura cubana, hacía importantes concesiones a los terroristas. Entre otras, les garantizaba impunidad para sus crímenes, les entregaba el control de zonas del país, les permitía sentarse en las cámaras legislativas sin someterse a elecciones y les dejaba imponer la ideología de género, el aborto y la supervisión política de la educación en los territorios bajo su control. A todo ello han dicho «no» los colombianos, que no a una paz, que pasa por la disolución de las FARC, que todo el mundo anhela.

Los motivos de los colombianos que han votado contra este acuerdo son varios. Por un lado, las condiciones del acuerdo, que además de las ya señaladas incluían la concesión a las FARC de 32 emisoras de frecuencia FM que el Estado se comprometía a financiar hasta el 2022, dejaba sin reparaciones a las víctimas del terrorismo de las FARC y asegura-

ba a los guerrilleros el doble del salario mínimo por dejar de matar, una cifra superior a lo que ganan el 85% de los colombianos.

Otro factor importante ha sido el miedo de muchos colombianos a ver el chavismo extenderse en su país, un fenómeno que conocen de primera mano tanto por su cercanía a Venezuela como por los numerosos venezolanos que han escapado de su país, encontrado refugio en Colombia y cuyo testimonio habla de situaciones tremendas, realmente trágicas.

Otra cuestión importante es la de la introducción de la ideología de género a través del cambio constitucional necesario para aprobar el acuerdo de paz. Mientras muchos católicos aceptaban este punto como un mal menor que había que conceder para conseguir la paz, los protestantes evangélicos se han movilizado en bloque por este motivo para rechazar el acuerdo y han sido determinantes para la victoria del «no». Entre los católicos ha existido una fuerte división, como lo demuestra que las instrucciones del arzobispo de Bogotá de leer en las misas del domingo un texto instando a los católicos a votar afirmativamente provocaran en diversas iglesias de la capital disturbios, con feligreses expresando sus quejas ante el uso partidista de los púlpitos para favorecer a una opción discutible. El apoyo acrítico del Vaticano al acuerdo tampoco ayudó a la reflexión serena que una decisión tan trascendental requería.

La situación ahora es compleja, aunque parece que el presidente está decidido a hacer alguna modificación mínima y a aprobar el acuerdo sin convocar un nuevo referéndum. Una salida legalmente

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Noviembre

Universal: Que los países que acogen a gran número de refugiados y desplazados, sean apoyados en su esfuerzo de solidaridad.

Por la evangelización: Para que en las parroquias, sacerdotes y laicos colaboren juntos en el servicio a la comunidad sin caer en la tentación del desaliento.

Diciembre

Universal: Para que en ninguna parte del mundo existan niños soldados.

Por la evangelización: Para que los pueblos de Europa redescubran la belleza, la bondad y la verdad del Evangelio que dan alegría y esperanza a la vida.

posible pero que dejaría la legitimidad del acuerdo de paz seriamente dañada.

Lo que ocurre en África y se silencia

SOLEMOS dedicarle poca atención a África y cuando lo hacemos es debido a alguna catástrofe puntual. No obstante, gracias a un periodista keniano, Matthew Otieno, hemos sabido que tribus enteras son sometidas a esclavitud y excluidas de la educación y el mercado laboral, expulsadas de sus tierras por la fuerza. Está sucediendo hoy ante el silencio del mundo entero.

¿Cómo puede ser posible? Quizás el silencio que se extiende sobre estas situaciones se deba a que la realidad no encaja en el discurso oficial. El problema es que todos esos desmanes no son obra del hombre blanco, sino que son otras tribus africanas las responsables de explotar, esclavizar y expulsar a los pigmeos, a los bosquimanos o a los ogiek.

África ha sido testigo de numerosas migraciones, invasiones y conflictos dentro del propio continente.

De hecho, muchas de las supuestas poblaciones indígenas se establecieron por la fuerza en sus «territorios originarios» poco tiempo antes de que llegasen los colonizadores europeos. Y su establecimiento fue, en muchas ocasiones, más agresivo, violento y traumático que la colonización europea. La descolonización devolvió en ocasiones a las tribus a esa situación anterior a la llegada del «hombre blanco».

Algunos casos concretos: los pigmeos en la República del Congo viven sometidos por los bantús, sin acceso a educación y en condiciones asimilables a la esclavitud. Muchos de ellos son asesinados en zonas de guerra debido a la creencia, muy extendida, de que matar a un pigmeo confiere poderes mágicos en la batalla a quien perpetra el asesinato (en ocasiones al asesinato se une el canibalismo).

Los bosquimanos o san, que durante milenios han habitado la vasta sabana, ven cómo se les arrebató su hábitat: sus territorios pasan a ser, por orden gubernamental, reservas de las que son expulsados por la fuerza.

En Kenia, los ogiek están en perpetuo conflicto con el gobierno, que presiona para expulsarles de sus territorios ancestrales en los bosques de Mau y del monte Elgon para crear en ellos reservas y explotaciones agrícolas.

Situaciones todas que provocarían, con justicia, la indignación general si los culpables fuesen quienes desea el discurso políticamente correcto pero que, al ser responsabilidad de otros africanos, se silencian para así evitar que caiga sobre cualquiera de nosotros la acusación de racismo.

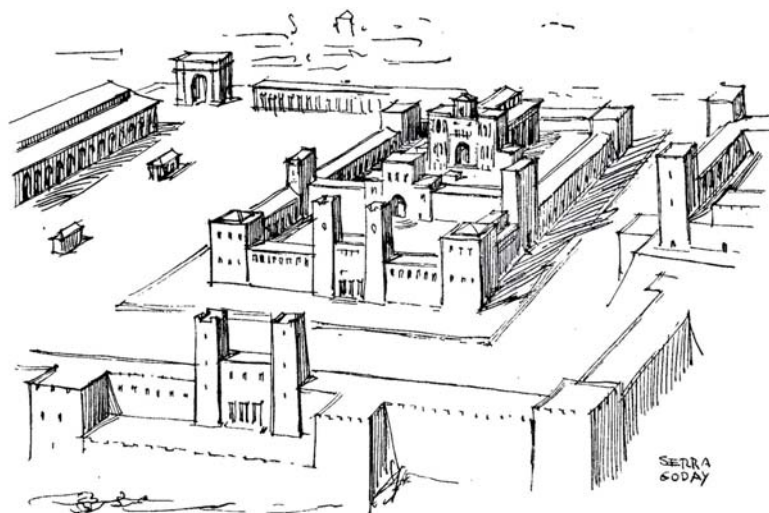
La Unesco niega cualquier vínculo entre Israel y el monte del Templo

EN el marco del conflicto que enfrenta a israelíes y árabes palestinos, estos últimos han llevado al Consejo Ejecutivo de la UNESCO, la organización de la ONU para la Cultura, la Educación y la Ciencia, una condena a Israel por sus medidas ilegales «contra la libertad de culto y el acceso de musulmanes» a sus lugares sagrados, una

cuestión que efectivamente debería de estudiarse con rigor. Pero no parece que ese fuera el objetivo de la condena, sino más bien la deslegitimación de la misma existencia del Estado de Israel, que es denominado «potencia ocupante» diez veces y del que se afirma que no tiene ningún vínculo con lo que

los judíos llaman el monte del Templo. Es decir, ese lugar, también conocido como monte Moriah, allí donde Abraham estuvo decidido a sacrificar a Isaac y donde el rey Salomón erigió el Templo destruido por Nabucodonosor en 586 a.C., no tendría nada que ver con el pueblo judío (ni tampoco, claro está, con Jesucristo).

La iniciativa palestina fue sometida a votación entre los 58 estados miembros del órgano de Gobierno de la UNESCO y fue aprobada con 24 votos a favor, 26 abstenciones (entre las que se contó con la de España) y seis votos en contra (Estados Unidos, Reino Unido, Holanda, Alemania, Estonia y Lituania). Una iniciativa y una institución que no ayudan a que regrese la paz a Tierra Santa.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

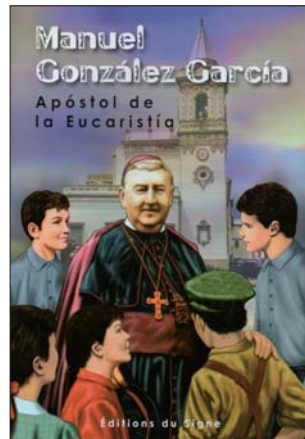
Este mes recomendamos:



Un camino bajo la mirada de María

Autor: Coímbra, Carmelo de
Editorial: Monte Carmelo
526 páginas
Precio: 23,00 €

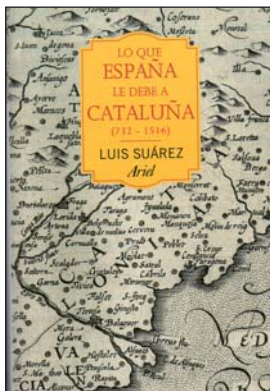
La lectura de la presente biografía, escrita por el Carmelo de Coímbra, nos ofrece una perspectiva más amplia de la personalidad de la Hna. Lucía, pues es fruto de un conocimiento de trato, de una convivencia cotidiana y de escritos y testimonios que reflejan la profundidad de un alma.



Manuel González García. Apóstol de la Eucaristía

Autor: VV.AA.
Editorial: Granito de arena
32 páginas
Precio: 4,70 €

Cómic que narra la vida del apóstol de la eucaristía Manuel González. A través de sus viñetas los niños aprenderán el amor a la Eucaristía del santo obispo así como su predilección por los niños y su celo para que fueran catequizados.



Lo que España le debe a Cataluña (732-1536)

Autor: Suárez, Luis
Editorial: Ariel
384 páginas
Precio: 21,90 €

Un libro fundamental para entender el peso histórico que Cataluña ha tenido en la construcción de la idea de España.

Luis Suárez, se atreve en este libro a dar la vuelta al debate sobre Cataluña y España, planteando una cuestión muy original. Partiendo de los condados medievales, analizando el Compromiso de Caspe y los diferentes tratados, Suárez nos

regala un libro apasionante, con una idea clara: lo mucho que España debe a Cataluña.



Apuntes de historia de la Iglesia 2. Edad Media: Del siglo V al 1417

Autor: Pérez-Mosso Nenninger, Antonio
Ediciones Cordi lesu
500 páginas
Precio: 20,00 €

Este segundo volumen de *Apuntes de historia de la Iglesia* trata de aportar un conjunto de datos, de hechos significativos, y a la par una breve síntesis sobre la Iglesia en la Edad Media, época marcada por la fe en Cristo configurada en gran manera a la luz de la Ciudad de Dios de san Agustín y decisiva

por sus luces y sombras en la configuración de nuestro mundo contemporáneo.

CONTRAPORTADA



Los que gobiernan y moldean la dirección de la sociedad han desarrollado una hostilidad a la religión y a los valores tradicionales de la familia y de la comunidad. Con una frecuencia cada vez mayor, vemos que están utilizando la fuerza bruta de la ley y de las políticas públicas para imponer sus puntos de vista y para negar los derechos y las libertades de los que no están de acuerdo con ellos.

Esto lo vemos en todos los debates que ha habido en torno a los matrimonios del mismo sexo y a la identidad de género. Lo vemos en el modo en que los gobiernos federales y estatales están usando la anticoncepción, el aborto y la política del suicidio asistido para dictaminar que los creyentes religiosos y otros también, deben abandonar sus convicciones fundamentales para poder seguir operando sus negocios o sus ministerios.

No es exagerado decir que las elites culturales y del gobierno parecen ahora estar funcionando como

si fueran una nueva religión que está imponiendo una nueva «ortodoxia» en el resto de la sociedad. Y obligándonos al resto de nosotros, a creer lo que ellos creen y a actuar de la manera que ellos quieren que actuemos.

En el corazón de esta nueva ortodoxia se encuentra un falso «humanismo», es decir, un peligroso conjunto de creencias acerca de lo que significa ser humano y de lo que hace que una persona sea feliz.

Para afrontar esta peligrosa dirección que está tomando nuestra sociedad, como católicos debemos comprometernos a ser personas de oración y compasión. Tenemos que pedir la fuerza y la sabiduría, y así como lo hicieron los apóstoles, necesitamos orar por quienes ostentan la autoridad.

Tenemos que defender nuestra libertad de servir a Dios y de seguir y promover la hermosa visión de la dignidad humana y de la felicidad que Jesús nos ha dado. (18/7/2016)